

ESTADOS UNIDOS Y LA CONTENCIÓN DEL COMUNISMO EN AMÉRICA LATINA Y EN MÉXICO

SOLEDAD LOAEZA

AMÉRICA LATINA Y MÉXICO EN LA GUERRA FRÍA

En las historias generales de la Guerra Fría, América Latina aparece sólo excepcionalmente, si acaso en una nota de pie de página.¹ Sin embargo, la región fue, al igual que otras del mundo subdesarrollado, campo de batalla y botín en la disputa entre las superpotencias.² En 1954 el presidente Eisenhower se refirió a su política latinoamericana como un capítulo de “la Guerra Fría contra nuestros enemigos” y añadió, Estados Unidos “no nada más hace ‘negocios’ en América Latina sino que ahí está peleando una guerra contra el comunismo”.³ En ese contexto se formó, cobró auge e hizo crisis el régimen autoritario mexicano.

Aun cuando así lo hubieran deseado, los países latinoamericanos no podían escapar a la atmósfera de confrontación que generaba la rivalidad soviético-americana, que a lo largo de las décadas de 1950 y 1960 bordeó el abismo de la guerra nuclear. Su historia después de 1945 estuvo inserta en este contexto general, el cual dejó su huella en instituciones y procesos en todos los países de una región que estaba en el centro de los planes de seguridad geoestratégica de Washington. La amenaza que supuestamente representaba la subversión comunista promovida desde Moscú fue un foco

¹ Véase, por ejemplo, John Lewis Gaddis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Oxford, Oxford University Press, 1997; del mismo autor *The Cold War: A New History*, Nueva York, The Penguin Press, 2005; G. John Ikenberry, *After Victory: Institutions, Strategic Restraint, and the Rebuilding of Order after Major Wars*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2000.

² La obra de Odd Arne Westad examina la competencia entre las superpotencias en el Tercer Mundo y su impacto sobre los procesos de cambio en estos países. En ambos casos destaca el papel de la ideología: Odd Arne Westad, *The Global Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

³ Citado en Stephen G. Rabe, *Eisenhower in Latin America: The Foreign Policy of Anti-Communism*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1988, p. 71.

permanente de tensión en las relaciones interamericanas, por lo menos hasta la derrota del sandinismo en Nicaragua a fines del siglo xx.

Durante las casi cinco décadas que duró, el antagonismo ideológico, político y estratégico que oponía a Estados Unidos y la Unión Soviética adquirió diferentes tonos, se desarrolló en distintas regiones y estuvo sujeto a las condiciones cambiantes de cada país y al estilo contrastante de los liderazgos que se sucedieron en ese lapso. De suerte que la Guerra Fría puede periodizarse según esos y otros criterios, por ejemplo, a partir de momentos críticos, de cambios en las doctrinas estratégicas de las superpotencias o de negociaciones entre ellas. En este artículo la amenaza nuclear es el referente de una periodización que se concentra en el lapso que abarca los primeros tres años de la posguerra, de 1945 a 1948, que son conocidos como la temprana Guerra Fría y que se caracterizan por el monopolio nuclear de Estados Unidos, que llegó a su fin cuando los soviéticos anunciaron la construcción de su propia bomba nuclear. El segundo momento de este periodo cubre de 1949 a 1963 y se caracteriza por el tono dramático que le impuso el riesgo de una conflagración catastrófica a las relaciones soviético-americanas y, en general, a la política mundial. Estos fueron los años duros de la Guerra Fría, de la política del *brinkmanship*, que colocaba a las superpotencias nucleares en una trayectoria de choque y las llevaba hasta el límite de la confrontación, apoyada en una estrategia en la que, en caso de conflicto, la respuesta militar sería la *represalia masiva*, mucho más brutal y aterradora que la estrategia de la *escalada militar* que se adoptó después de la crisis de los misiles de octubre de 1962.

El vehículo de la polarización internacional en la región latinoamericana fue en primer lugar la política exterior de Estados Unidos, y su influencia fue de tal manera decisiva, que el sello del conflicto Este-Oeste está impreso de manera indeleble en la inestabilidad, las luchas guerrilleras, los golpes de Estado y las dictaduras militares con que se tejió la desoladora historia de la segunda mitad del siglo xx en América Latina. Esto no significa que sus componentes fueran exclusivamente estadounidenses. El conflicto de la Guerra Fría se yuxtapuso a contradicciones y fracturas preexistentes,⁴ que profundizó la virulencia anticomunista de la superpotencia.

La relativa ausencia de la región de la política mundial en la década de 1950 contrasta con la extrema sensibilidad de los regímenes políticos y de las sociedades latinoamericanas al antagonismo ideológico Este-Oeste, capitalis-

⁴ Hal Brands, *Latin America's Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2010. Este autor habla de una convergencia del conflicto internacional y conflictos locales. Aquí, en cambio, se propone la *yuxtaposición* de la fractura internacional sobre las fracturas nacionales, que así afianzan su perfil y se profundizan.

mo-comunismo. El contraste arroja por lo menos dos paradojas: la primera de ellas se planteó en la gravísima crisis que provocó el gobierno soviético en octubre de 1962, cuando instaló armamento nuclear en Cuba. Esta acción estuvo a punto de provocar una conflagración nuclear en una zona que tres años antes no figuraba de manera prominente en las tensiones soviético-americanas. La segunda paradoja estriba en que la rivalidad ideológica soviético-americana se incrustó en el centro de la lucha por el poder en los países de la región, aun cuando con frecuencia sirviera sólo para revestir disputas locales que poco o nada tenían que ver con el conflicto general.

La susceptibilidad de los países latinoamericanos a la influencia del contexto exterior se explica porque al término de la guerra en la mayoría de ellos se había desencadenado un proceso de movilización social, resultado del cambio económico y de la aceleración del proceso de industrialización que había impulsado la guerra. Una de sus manifestaciones más significativas era la ampliación de la participación política de las masas. Todo ello paraba en una aguda fragilidad institucional.

En tanto que miembro de la esfera de influencia de Estados Unidos, América Latina quedaba fuera del alcance de la Unión Soviética; en esa medida era una región periférica en el conflicto entre las superpotencias y no fue un foco de tensiones internacionales en la primera década de la Guerra Fría. Más todavía, en este caso, la rivalidad soviético-americana fue sobre todo una batalla ideológica y política más que propiamente estratégica. De ahí que en la presunta amenaza comunista al hemisferio resonara el eco de las denuncias del senador Joseph McCarthy más que el rumor de los pasos de Iósif Stalin.

No obstante, el triunfo de los revolucionarios cubanos y su conversión al socialismo en 1961 introdujeron a los latinoamericanos de lleno en la disputa internacional. En 1963 se inició la *détente* en Europa, cuando Estados Unidos y la Unión Soviética firmaron el Tratado de Moscú de no-prolifерación nuclear; y en 1968 los europeos de uno y otro bloque entablaron en Viena negociaciones para reducir los armamentos convencionales, *Mutual and balanced force reductions*, MBFR, en su continente. En cambio, en América Latina la Guerra Fría registraba en esos años algunos de sus más dolorosos capítulos.

Este contexto transformó discretamente las relaciones interamericanas, dio un nuevo impulso al tradicional intervencionismo de Estados Unidos en los asuntos internos de los países latinoamericanos, el cual pendía como la espada de Damocles sobre cada uno de ellos, y era por consiguiente una poderosa restricción a su autonomía de decisión. El margen de libertad de cada gobierno dependía de factores internos como, por ejemplo, el papel de los militares en la lucha política o el nivel de desarrollo económico. Un

Estado más autónomo frente a los actores políticos y un país relativamente más desarrollado tendrían mayor capacidad de resistencia frente a las presiones de Estados Unidos. Por esa razón, el ascenso de la superpotencia acicateó en muchos de estos países la urgencia del desarrollo económico.

El régimen autoritario mexicano se desarrolló y se consolidó en este contexto, que modificaba su relación con su poderoso vecino y tuvo un fuerte impacto sobre los procesos internos. Por ejemplo, se impuso como marco de interpretación de la lucha política y contribuyó a redefinir el nacionalismo como una tercera vía entre el comunismo y el capitalismo. Además, este entorno de conflicto latente, de amenaza y de profundización de las restricciones que imponía la vecindad con Estados Unidos propició la centralización del poder y el fortalecimiento de la presidencia de la república. Al igual que en los demás países de América Latina, en México durante por lo menos dos décadas la oposición Este-Oeste fue el eje de las diferencias entre la izquierda y la derecha nacionales, ordenó y orientó el debate público. La fractura internacional también contribuyó a definir el perfil de los actores políticos, y orientó su alineamiento dentro del espectro ideológico nacional.

Durante la Segunda Guerra Mundial México y Estados Unidos entablaron una relación de cooperación política e ideológica sin precedentes, que se prolongó en la posguerra. Para Washington el combate anticomunista era el aspecto central de esta cooperación. Ahora bien, la participación de México en estas batallas obedecía también a la propia convicción y a los cambios en el interior de la élite en el poder. La incorporación al bloque *occidental* contribuía a afianzar los equilibrios políticos que se habían formado durante el gobierno de Ávila Camacho, que habían desplazado la coalición cardenista en beneficio de un consenso nacionalista y conservador que reconciliaba a empresarios, a la Iglesia católica y a las nacientes clases medias con el Estado de la posrevolución. Gracias al PRI este acuerdo no provocó una ruptura con las organizaciones de obreros y campesinos. De esta manera el orden político interno quedó vinculado al orden regional, en una relación de dependencia en la que la estabilidad de este último era condición de la estabilidad de aquél.

En el cuarto de siglo que va de 1945 a 1970, la continuidad institucional fue el rasgo distintivo del régimen político mexicano en América Latina, al igual que el desplazamiento de los militares de la lucha por el poder, y la ordenada sucesión de gobiernos civiles y de elecciones periódicas para la renovación de las autoridades de gobierno. En cambio, en varios países de la región los golpes de Estado eran recurrentes, así como la instalación de dictaduras militares. Por ejemplo, en 1954 sólo había cuatro democracias en América Latina: Brasil, Chile, Costa Rica y Uruguay, y entre 1962 y 1963 hubo una racha de golpes militares que en varios casos desplazó

a gobiernos constitucionales: Argentina (1962), Perú (1962), Guatemala (1963), Ecuador (1963), República Dominicana (1963) y Honduras (1963).

No obstante las notables diferencias, la trayectoria del régimen mexicano fue más o menos paralela a la del resto de los países latinoamericanos. Es decir, contrariamente a lo que sugería la imagen de *democracia en construcción* que se pretendía proyectar del régimen mexicano, en 1965, al cabo de dos décadas de hegemonía del PRI, la concentración del poder en la presidencia de la república se había profundizado y se había reforzado el control de este partido sobre la participación y la representación políticas, de suerte que el proyecto de la democracia representativa con que arrancó el periodo culminó en una fórmula autoritaria rígida y excluyente, cuyo desarrollo estuvo asociado a la evolución de la Guerra Fría.

La primera parte de este artículo describe la doctrina de la contención que guió la política exterior de Estados Unidos hasta fines del siglo xx; luego examina su aplicación en América Latina, donde Washington pretendía crear una zona de influencia exclusiva con base en una supuesta identidad política interamericana cuyos rasgos esenciales eran los valores de la democracia representativa y el anticomunismo. La segunda parte examina el impacto de este contexto sobre tres aspectos del régimen autoritario: el nacionalismo, el *factor americano* y el anticomunismo. La Unión Soviética es una ausencia conspicua en este recuento cuya principal intención es reconstruir los presupuestos de la política exterior de Estados Unidos en esta etapa de la Guerra Fría y sus efectos sobre los países de América Latina.

LA CONTENCIÓN DEL COMUNISMO INTERNACIONAL

En abril de 1946, el presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman, expuso ante la prensa el principio de poder que gobernaba su política exterior: “Hoy Estados Unidos es una nación fuerte, más fuerte que ninguna. Esto no es una fanfarronería. Es un hecho que nos llama a la reflexión solemne y a la humildad. Significa que con esta fuerza tenemos que asumir el liderazgo y aceptar la responsabilidad. Sería una trágica violación de nuestro deber nacional si, de manera consciente aunque a la ligera, no nos preparamos para asumir esa responsabilidad”.⁵

⁵ “Foreign Policy Statement by President Truman and Mr. Byrnes, April 6, 1946”, *Keesing's Record of World Events (Formerly Keesing's Contemporary Archives)*, vol. 6, abril de 1946, United States, p. 7826, 1931-2006. En marzo de 1946, Spruille Braden, antiguo embajador en Argentina y subsecretario de Estado, planteó las consecuencias del poder para la política exterior de Estados Unidos: “El problema que enfrentamos no es cómo evitar el uso de nuestro poder. No podemos evitar usarlo, porque en la balanza pesa lo mismo, incluso si deliberadamente trata-

Con base en esta idea de que la construcción de una presencia mundial era una responsabilidad moral, Estados Unidos se dispuso a ejercer el poder y un amplio liderazgo internacional. Esta orientación lo colocó en la vía directa del conflicto con la otra potencia victoriosa de la guerra, la Unión Soviética. En mayo de 1945 entre los antiguos aliados había más aprehensión que confianza y en los pasillos de la Conferencia de San Francisco en la que se fundó la Organización de Naciones Unidas (ONU) se discutía la división del mundo entre dos superpotencias en conflicto y la formación de esferas de influencia.⁶

Las divergencias fueron conceptualizadas por un funcionario de la embajada de Estados Unidos en Moscú, George Kennan, a partir de un análisis de la política exterior soviética y sus motivaciones, titulado “The Sources of Soviet Conduct”, que publicó en julio de 1947 en la revista *Foreign Affairs*, firmado X.⁷ Según él, el conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética era inevitable porque las diferencias entre el socialismo y el capitalismo eran insuperables, y porque los líderes soviéticos adolecían de limitaciones morales y únicamente entendían el lenguaje de la disuasión militar y la preponderancia de la fuerza. Además, continuaba, la Unión Soviética había puesto en práctica una agresiva política de expansión de alcance mundial cuyo origen era, primero, la ideología marxista, y luego, consideraciones de política interna, pues la existencia de un entorno externo hostil, dominado por el capitalismo internacional, era la justificación de la dictadura soviética.

Sostenía Kennan que Estados Unidos tenía que detener este impulso, primeramente porque uno de sus principales objetivos era la destrucción del liderazgo internacional de Washington, pero también porque si no lo frenaban llegaría a controlar el mundo entero: “La política del Kremlin es un flujo constante que se mueve adonde debe moverse para alcanzar un determinado objetivo. Su interés fundamental es asegurarse de ocupar hasta el último resquicio disponible del poder mundial. [...] En estas circunstancias es claro que el elemento de cualquier política de Estados Unidos hacia

mos de evitar su uso. No ejercer nuestro poder puede ser en realidad mal utilizarlo. El peligro es igualmente grande. En mi opinión la conclusión inescapable es que si una nación tiene mucho poder, como nosotros lo tenemos en abundancia, no puede evadir la obligación de ejercer un liderazgo en la justa medida”. Spruille Braden, Assistant Secretary of State, *Congratulatory Address*, 15 de marzo de 1946, *Science*, New Series, vol. 103, 2672, pp. 323-325, p. 323.

⁶ Véase Octavio Paz, *Crónica trunca de días excepcionales*, México, UNAM, 2007, p. 40.

⁷ “X”. “The Sources of Soviet Conduct”, en Walter Lippmann, *The Cold War: A Study in US Foreign Policy*, Nueva York, Harper and Torchbooks, 1972, 81 pp. “La personalidad política del poder soviético, como lo conocemos hoy, es producto de la ideología y de las circunstancias. La ideología que heredaron los líderes soviéticos del presente del movimiento del que se originaron y las circunstancias del poder que han ejercido por casi tres décadas”. *Ibid.*, p. 55.

la Unión Soviética debe ser de contención de largo plazo, paciente, pero firme y vigilante de las tendencias expansivas rusas”.⁸

The Sources of Soviet Conduct fue la base de la doctrina de la contención, *containment*, que orientó la política exterior de Estados Unidos hasta la desaparición de la Unión Soviética; también reforzó el arraigado impulso de ese país a la expansión de su poder en el mundo y contribuyó a su transformación en una potencia mundial. Este salto significó la revisión de sus prioridades en el exterior, así como la movilización de muchos recursos; no obstante, esto último no era motivo de preocupación para Washington. Al término de la guerra, Estados Unidos era la potencia dominante en el mundo, por las dimensiones de su economía y de su poderío militar. En 1950 su producto interno bruto era superior al del conjunto de los países europeos, y posiblemente igual a la suma del PIB de Europa y de la Unión Soviética.

El presidente Truman planteó con claridad la naturaleza ideológica del conflicto soviético-americano en el discurso que pronunció ante el Congreso en marzo de 1947, que luego sería conocido como la *Doctrina Truman*, en estos términos:

En el momento actual de la historia del mundo casi todas las naciones deben escoger entre modos de vida alternativos. Frecuentemente la elección no es libre.

Un modo de vida se basa en la voluntad de la mayoría, y se distingue por instituciones libres, gobierno representativo, elecciones libres, garantías a la libertad individual, libertad de expresión, libertad religiosa y libertad de la opresión política.

El segundo modo de vida se basa en la voluntad de una minoría que se ha impuesto por la fuerza sobre la mayoría. Se apoya en el terror y la opresión, en una prensa y una radio controladas, en elecciones arregladas, y en la supresión de las libertades individuales.⁹

Esta interpretación habla de una guerra que no involucra ejércitos, rediseño de fronteras, la expansión territorial o la agresión militar, sino que plantea el antagonismo entre sistemas de valores y formas de organización del poder mutuamente excluyentes;¹⁰ también expresa la misma ideologización

⁸ Lippmann, *op. cit.*, p. 66.

⁹ Department of State, “The Record of the Week: Recommendations on Greece and Turkey: Message of the President to the Congress”, The Department of State Bulletin, vol. 16, núm. 403, 23 de marzo de 1947, pp. 534-537, p. 536.

¹⁰ La doctrina de la contención tuvo muchas consecuencias; pero entre todas cabe mencionar la renuncia a la diplomacia: por una parte, los presidentes estadounidenses desconfiaban profundamente de sus contrapartes soviéticas, y difícilmente hubieran estado dispuestos a

de la política exterior de Estados Unidos,¹¹ que Kennan le reprochaba a la Unión Soviética.¹²

Como en una imagen especular de Moscú, la ideología también distorsionaba las percepciones de Washington de los acontecimientos internacionales; provocaba exageraciones, magnificaba la influencia del adversario y propiciaba la rigidez y la intransigencia. El compromiso ideológico nublaban el cálculo de la amenaza; por eso, con frecuencia Estados Unidos sobre-reaccionó a situaciones de conflicto, en las que veía retos de la Unión Soviética, a pesar de que este país no estuviera involucrado en ellas o lo estuviera sólo marginalmente.¹³ “En algunos casos, Estados Unidos ante un

llegar a un acuerdo con un gobierno que no les merecía ninguna confianza; por otra, consideraban inmoral el toma y daca de la negociación diplomática y rechazaban el cínico pragmatismo europeo. Así se explica que entre 1947 y 1954 los ministros de relaciones exteriores de los países del Este y de la alianza occidental se hayan reunido una sola vez, y que entre Potsdam en 1945 y Ginebra en 1954 no haya habido un solo encuentro entre jefes de gobierno de ambos bloques. En cambio, para los soviéticos –como para los europeos– la diplomacia era un recurso natural en sus relaciones con el mundo exterior. Según Fredrik Logevall, muchas fueron las oportunidades perdidas de negociación internacional por la desconfianza de Washington, que contrastaba con la buena disposición de líderes occidentales cuyas credenciales anticomunistas eran intachables, por ejemplo, Winston Churchill y Charles de Gaulle. El rechazo a la diplomacia se tradujo en el tono agrio y desafiante de los intercambios entre los líderes de las superpotencias, y en la expectativa de Estados Unidos de que sus aliados en el combate contra el comunismo cesaran todo contacto con la Unión Soviética y con los países del bloque socialista. Fredrik Logevall, “Bernath Lecture: A Critique of Containment”, *Diplomatic History*, vol. 18, núm. 4, septiembre de 2004, pp. 473-499. *Ibid.*, p. 474.

¹¹ Jorge I. Domínguez, “U.S.-Latin American Relations during the Cold War and its Aftermath”, en Victor Bulmer-Thomas y James Dunkerley (eds.), *The United States and Latin America: The New Agenda*, Cambridge, Harvard University Press, 1999, pp. 33-50.

¹² Westad identifica más de un paralelismo entre las dos superpotencias: “Al igual que Estados Unidos, el Estado soviético se fundó con base en ideas y planes para el mejoramiento de la humanidad, antes que sobre conceptos de identidad y nación. Los fundadores de ambos creían que eran los suyos experimentos grandiosos de cuyo éxito dependía el futuro de la humanidad. En tanto que Estados ambos tenían una perspectiva universalista del mundo y la mayoría de sus líderes creía que amigos y enemigos en el escenario internacional estaban definidos por la proximidad o la lejanía de premisas ideológicas específicas sobre las que se habían fundado los Estados respectivos. Durante la Guerra Fría los líderes soviéticos y los americanos llegaron a definir el potencial de dicha proximidad a partir de la distancia entre la política exterior o la agenda de política interna de un determinado país y la superpotencia rival”. Westad, *op. cit.*, p. 39.

¹³ Los riesgos de *containment* fueron señalados por el columnista Walter Lippmann en 1947. Algunas de sus observaciones resultaron proféticas, por ejemplo, respecto a las implicaciones de una propuesta cuya premisa básica era que Estados Unidos poseía un poder ilimitado. Lippmann apuntaba que su país no podría enfrentar solo a la Unión Soviética en los términos planteados por el artículo, sino que tendría que “reclutar, subsidiar y apoyar un conjunto heterogéneo de satélites, clientes, dependientes y títeres” cuyas motivaciones no siempre coincidirían con las suyas o le serían ininteligibles; pero, además, esa política suponía la abierta y

leve dejo ideológico de comunismo desencadenó acciones que eran prematuras, excesivas o extremadamente costosas”.¹⁴ Su política exterior también respondía a las presiones de la política interna, en esos años víctima de la fiebre anticomunista.

La calidad política e ideológica del conflicto de la Guerra Fría explica que en casi todas partes se haya introducido en el corazón de las sociedades y de su vida política. El principal vehículo de penetración fue la misma rivalidad entre las superpotencias que ventilaban a diario la prensa y los aparatos de propaganda de ambas, aunque también intervinieron en este proceso los partidos comunistas locales o instituciones como la Iglesia católica.

El anticomunismo no era nuevo en Estados Unidos, donde apareció en los años veinte en defensa de los valores dominantes en ese país: el individualismo y la economía de mercado, que el comunismo cuestionaba.¹⁵ El universo anticomunista estaba poblado de imágenes de enemigos emboscados que actuaban desde la clandestinidad, que recurrían al engaño para sembrar la insidia, la desconfianza y la sospecha en el seno de las sociedades que atacaban, con el fin de provocar discordias y desestabilización, y para destruir familias y valores tradicionales.¹⁶ Por obvias razones muchos comunistas mantenían en secreto su filiación política, pero con ello alimentaban una atmósfera paranoica, que supo explotar el senador Joseph McCarthy, quien entre 1950 y 1956 protagonizó una pavorosa campaña de denuncias de supuestas conspiraciones comunistas contra Estados Unidos, anidadas en el gobierno mismo, que dio lugar al *red scare* y a una auténtica persecución contra diferentes personajes de la política y las artes. La mayor

permanente intervención de este país en la vida interna de estos clientes. Para Lippmann el expansionismo soviético estaba vinculado a la geografía y a la posición estratégica de un país que había sufrido repetidos ataques e invasiones y disputas fronterizas. Esta historia había formado una obsesión por la seguridad, de manera que el objetivo fundamental de la política soviética era la construcción de un amplio perímetro de protección territorial. Lo que para Kennan era un instinto agresivo, para Lippmann era una reacción defensiva. Lippmann, *op. cit.*, p. 15.

¹⁴ Domínguez, *op. cit.*, p. 41.

¹⁵ En Estados Unidos el comunismo era visto como una amenaza desde los años veinte tanto por el colectivismo revolucionario como porque “pretendía representar una versión de modernidad más avanzada que la que ofrecían los estadounidenses. Según sus élites esta pretensión no sólo estaba esencialmente equivocada sino que fue declarada un desafío al universalismo y a la teleología arraigadas en su ideología”. Westad, *op. cit.*, p. 18.

¹⁶ Por ejemplo, en mayo de 1950 el servicio de inteligencia del Supremo Comando Europeo estimaba que de 1 a 5% de los generales y de 5 a 20% de los oficiales de mayor jerarquía en el ejército francés pertenecían al partido comunista, y que la penetración comunista en la fuerza aérea era todavía más importante. Trevor Barnes, “The Secret Cold War: The C.I.A. and American Foreign Policy in Europe 1946-1956. Part II”, *The Historical Journal*, vol. 25, núm. 3, septiembre de 1982, pp. 640-670, p. 660.

parte de las acusaciones era falsa, pero la atmósfera que generó influyó de manera decisiva en el endurecimiento de las políticas de Truman y de Eisenhower en relación con la amenaza comunista.

En la sociedad y el gobierno de Estados Unidos se generalizó la creencia de que el comunismo era un movimiento “mundial, coherente y monolítico” dirigido desde Moscú y sujeto a un plan maestro, de suerte que lo que ocurría en Europa estaba inextricablemente vinculado con acontecimientos en Asia o en América Latina.¹⁷ Así, por ejemplo, en el discurso antes citado, uno de los argumentos que utilizó el presidente Truman para obtener el apoyo del Congreso a la solicitud de ayuda de Grecia fue que estaba amenazada por los comunistas, y que al colapso de ese país seguiría el de los vecinos.¹⁸

Un segundo ejemplo de las derivaciones de esta visión globalizadora del conflicto soviético americano fue la reacción que provocaron en Estados Unidos los acontecimientos conocidos como el *Bogotazo*.¹⁹ En abril de 1948 se hallaban reunidos en Bogotá los ministros de relaciones exteriores de la todavía Unión Panamericana, cuando asesinaron al líder liberal Jorge Eliécer Gaitán. Su muerte provocó una insurrección popular de inusitada violencia. El secretario de Estado, George C. Marshall, interpretó los hechos desde esta perspectiva global como parte de un esfuerzo del comunismo internacional de sabotear la conferencia y el programa de ayuda a la reconstrucción de Europa, así como de influir en las elecciones italiana y francesa que se celebrarían en esas fechas, en las que participaban con amplio apoyo sendos partidos comunistas. El editorial de *The New York Times* recogió esta versión sin titubeos:

Con base en información de primera mano en observaciones personales, [el secretario Marshall y los delegados asistentes a la Conferencia] ven en los trágicos acontecimientos que interrumpieron sus deliberaciones la intervención de los mismos poderes y los mismos patrones que aparecieron en los intentos de insurrección en Francia y en Italia. Por eso Bogotá no es, tal y como lo dijo el señor Marshall, un incidente meramente colombiano o latinoamericano, sino que ilustra brutalmente hasta dónde está dispuesta a llegar Rusia en su guerra (ya no fría) contra las democracias.²⁰

¹⁷ Peter H. Smith, *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2000, 413 p., p.121.

¹⁸ Department of State, “Recommendations on Greece and Turkey...”, doc. cit., p. 536.

¹⁹ Este episodio raramente aparece en las recapitulaciones de los momentos de crispación de la Guerra Fría. No obstante, cuando ocurrió fue incluso considerado como un fracaso para la naciente CIA, que no lo había previsto. Barnes, *op. cit.*, p. 649.

²⁰ Citado en Jack Davis, “The Bogotazo”, *Studies in Intelligence*, vol. 13, otoño de 1969, pp. 75-87, p. 80.

La Guerra Fría no era nada más un conflicto ideológico político, sino que poseía una dimensión estratégico-militar cuya peligrosidad aumentó cuando la Unión Soviética probó su propia bomba atómica en 1949. Vista desde este ángulo la competencia soviético-americana atravesó por dos grandes etapas: la primera, de 1946 a 1962, estuvo dominada por el miedo a una guerra generalizada que se consideraba inevitable. Así por ejemplo, en septiembre de 1946, el presidente Truman recibió un informe elaborado por su asesor Clark Clifford, que iniciaba con la siguiente afirmación: “El problema más grave que enfrenta hoy Estados Unidos lo plantean las relaciones con la Unión Soviética. La solución a ese problema puede determinar si habrá o no una tercera guerra mundial”.²¹ Esta etapa se caracterizó por la crispación de la política internacional: la ruptura entre los antiguos aliados y la división de Europa en dos bloques antagónicos. En la segunda etapa, que se inició en 1963 y se extendió hasta 1989, el *equilibrio del terror* del periodo anterior se convirtió en un *condominio nuclear* relativamente estable, en el que los sobrentendidos entre las superpotencias conjuraron la amenaza nuclear.

A medio siglo de distancia es difícil recrear el miedo que se instaló en el mundo cuando aparecieron las armas nucleares. La primera muestra de su potencial de destrucción habían sido los ataques estadounidenses a las ciudades de Hiroshima y Nagasaki en agosto de 1945, que consolidaron la posición de Estados Unidos como la potencia militar número uno del mundo. Cuando la Unión Soviética anunció que había desarrollado capacidad nuclear, la confrontación armada adquirió un aspecto aterrador.

El espectro de un ataque nuclear se instaló en el escenario internacional y en la imaginación pública, donde se mantuvo con intensidad variable entre 1946 y 1962.²² Hubo episodios críticos como el bloqueo de Berlín de

²¹ *American Relations with the Soviet Union: A report to the President by the Special Counsel to the President*, 24 de septiembre de 1946. Conway Files; Truman papers, <http://www.trumanlibrary.org> Este documento es posterior al famoso telegrama Kennan del 9 de febrero de 1946, en el que aseveraba que el fin último de la política soviética “es la revolución mundial y la dominación del mundo por los comunistas”. Más todavía, “En el verano de 1945 sólo 15% de los americanos confiaba en que las Naciones Unidas podrían prevenir guerra futuras. Sólo la mitad creía que Rusia cooperaría con Estados Unidos, y 60% de los americanos se oponía a que se hicieran préstamos de billones de dólares a la Gran Bretaña y a Rusia para la reconstrucción”. Robert Dallek, *The Lost Peace: Leadership in a Time of Horror and Hope, 1945-1953*, Nueva York, Harper Collins, p. 138.

²² Por ejemplo, en agosto de 1946 el presidente Truman discutió un memorándum de los servicios de inteligencia que planteaba la inminencia de un ataque soviético a Turquía, cuya conclusión era que lo único que detendría a los rusos era la convicción de que Estados Unidos “está preparado, si es necesario, a enfrentar la agresión con la fuerza de las armas”. Eduard Mark, “The War Scare of 1946 and its Consequences”, *Diplomatic History*, vol. 21, núm. 3, ve-

1948, la guerra de Corea entre 1950 y 1954, la construcción del muro de Berlín de 1961 o la crisis de los misiles de octubre de 1962, cuando la actitud de duelistas de las superpotencias pareció conducir de manera irremediable a la confrontación; pero incluso los periodos de relativa calma estaban a merced de la incertidumbre que provocaba el temor de que armas tan poderosas estuvieran al alcance de la debilidad humana. En el discurso que pronunció ante la Asamblea General de Naciones Unidas, el 25 de septiembre de 1961 (cuatro días después de que el secretario general de la organización, Dag Hammarskjöld, hubiese muerto en un accidente de aviación en África) planteó en términos dramáticos la fragilidad de la paz y una guerra nuclear cuyos alcances destructivos diseminarían “el agua, el viento y el miedo”, a los que estarían expuestos “grandes y pequeños”, “ricos y pobres”, “alineados y no alineados”.

La humanidad debe poner fin a la guerra antes de que la guerra ponga fin a la humanidad [...] Hoy, cada habitante de este planeta debe contemplar el día en que este planeta ya no sea habitable. Cada hombre, mujer y niño vive bajo una espada de Damocles nuclear que pende del hilo más delgado, que puede cortarse en cualquier momento por accidente, por un error de cálculo o por una locura. Las armas de la guerra deben ser destruidas antes de que ellas nos destruyan a nosotros.²³

El discurso fue también un llamado a una “tregua al terror” y a la negociación de un programa general de desarme.

La amenaza de la guerra nuclear se disolvió en Europa después de la división de Berlín. No obstante su brutalidad, la decisión del premier soviético, Nikita Khrushchev, de cerrar el tránsito entre las dos mitades de la ciudad resolvió una situación que generaba permanentemente incertidumbre y tensión. Una vez levantado el muro se estabilizó el orden europeo, como si su existencia fuera el reconocimiento tácito de las fronteras geoestratégicas, ideológicas y políticas de la Europa que había nacido de la Segunda

rano de 1997, pp. 383-415, p. 383. En la segunda mitad de 1950 crecieron los temores de que la guerra estallara en Europa. En julio Albania y Bulgaria estuvieron al borde de un conflicto armado; la CIA reportó la construcción de aeropuertos en Hungría y en Rumania, también se informaba que los partidos comunistas en Europa occidental sabotearían la presencia militar de Estados Unidos. “A través de la órbita soviética se ha mantenido la tendencia a los preparativos de guerra. Algunas fases del programa se han acelerado con carácter de urgente”. Barnes, *op. cit.*, p. 652.

²³ John F. Kennedy, “Address to the United Nations General Assembly. Delivered 25 September 1961”, *American Rhetoric. Online speech bank*, <http://www.americanrhetoric.com/speeches/jfkunitednations.htm> Véase también Frederick Kempe, *Berlin 1961. Kennedy, Khrushchev, and the Most Dangerous Place on Earth*, Nueva York Berkley Books, 2011.

Guerra Mundial. Entonces la competencia entre las superpotencias se trasladó de manera definitiva a regiones extraeuropeas.

CONTAINMENT EN AMÉRICA LATINA

El orden internacional que se formó al término de la Segunda Guerra Mundial no trajo cambios visibles para América Latina, donde sólo se extendió la hegemonía de Estados Unidos al Cono Sur, con que el conjunto de la región quedó naturalmente inscrito en su esfera de influencia. Sin embargo, la transformación de ese país en una superpotencia y la dimensión ideológica de la rivalidad con la Unión Soviética implicaron un novedoso contexto para las relaciones interamericanas, que pasaron a ser una pieza más del rompecabezas de la política mundial de Estados Unidos. Llegó a su fin el panamericanismo que se había desarrollado desde finales del siglo XIX como resultado de conferencias interamericanas en las que se discutían temas económicos o comerciales. Además, Washington se impuso como centro generador de las decisiones relativas a América Latina, y la presidencialización de las relaciones de Estados Unidos con el exterior desplazó a las empresas cuyos intereses habían sido predominantes hasta entonces.

El cambio que acarreó la guerra se tradujo en la extinción de la política específicamente latinoamericana, pues apenas podían considerarse como tal acciones guiadas sólo por la obsesión anticomunista, cuyo propósito fundamental era preservar la hegemonía, recurriendo a todo tipo de instrumentos para defenderla, desde la diplomacia hasta la subversión. Los latinoamericanos esperaron inútilmente una política regional que amortiguara los efectos de la desproporcionada asimetría entre ellos y Estados Unidos, la cual impactaba al menos dos temas tradicionales de sus relaciones: la dependencia económica y el intervencionismo. La política de modernización acelerada que promovió la Alianza para el Progreso a partir de 1961 fue el único proyecto diseñado especialmente para América Latina, pero no duró más de cuatro años.

La primacía del anticomunismo como idea rectora de la política hacia América Latina enfrentó a Washington a dilemas de difícil solución y le allegó aliados ajenos a la tradición democrática sobre la cual fincaba su liderazgo político y moral. Dos eran los objetivos de Estados Unidos en el área: primero, como en el resto del mundo, evitar la expansión de la influencia comunista y soviética; y, segundo, mantener la estabilidad del orden regional construido en torno a su hegemonía.

A primera vista estos objetivos parecen complementarios; sin embargo, la estrategia que se adoptó para alcanzarlos tuvo efectos contradictorios.

Por ejemplo, la ofensiva que montó en 1954 la administración Eisenhower contra el gobierno constitucional del guatemalteco Jacobo Arbenz, que era denunciado como *filocomunista*, desestabilizó la hegemonía estadounidense porque propagó la causa del antimperialismo y rindió condiciones favorables a la victoria moral de los revolucionarios cubanos que unos cuantos años después le disputaban los corazones y las voluntades de los latinoamericanos.

Es decir, Washington buscaba estabilidad en América Latina, pero su batalla contra el comunismo alteraba los equilibrios en esas sociedades; se establecía así una contradicción entre los objetivos y los medios para alcanzarlos, que nacía de la creencia de que el orden regional dependía del *statu quo* interno prevaleciente en cada país, cuando en realidad la relación era a la inversa: el orden regional determinaba el orden interno, como bien lo demostró el impacto de la Revolución cubana en estos países.

La historia de la doctrina de *containment* en América Latina entre 1945 y 1970 se divide en el antes y el después de la Revolución cubana, que fue el terremoto que sacudió el orden regional de la posguerra, y que también estremeció –cuando no destruyó– los equilibrios políticos de todos y cada uno de los países latinoamericanos. Este acontecimiento modificó las relaciones interamericanas, enfrentó a Estados Unidos con las insuficiencias de su política hacia una región que era vital para sus intereses, y tuvo un poderoso efecto divisivo sobre las sociedades latinoamericanas. La Revolución cubana también echó abajo las expectativas que tenía Estados Unidos de que los latinoamericanos se sometieran sin más a su liderazgo, pues ante la rebeldía castrista no se unieron *como un puño* para luchar contra la revolución, y aunque el ejemplo cubano no cundió, socavó el liderazgo de Washington en forma significativa.

América Latina en la perspectiva de la superpotencia

Washington reconocía la importancia vital de la región latinoamericana para sus intereses, tanto porque producía materias primas estratégicas esenciales para su seguridad, como porque sus relaciones hemisféricas eran un referente para gobiernos extracontinentales que evaluaban su liderazgo. No obstante, América Latina perdió importancia cuando al convertirse en una superpotencia Estados Unidos revisó sus prioridades internacionales, conforme a los presupuestos de la *Doctrina Truman* que extendió el perímetro de su seguridad estratégica, primero hasta Europa y después a Asia.

El Comando Militar Conjunto, *Joint Chiefs of Staff*, estaba en desacuerdo con la modificación que derivó de esa revisión, la cual relegó a un segundo plano la Doctrina Monroe que hasta 1941 había sido una pieza central en

el pensamiento estratégico estadounidense. El tema se discutió en un documento del JCS de septiembre de 1947, que puntualizaba: “El hemisferio occidental es una entidad militar distinta, cuya integridad es un postulado fundamental de nuestra seguridad en caso de otra guerra mundial”.²⁴ En esas mismas fechas se llevaba a cabo en Petrópolis, Brasil, la reunión de la Unión Panamericana que concluyó con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, Tratado de Río (TIAR), que fue la primera alianza militar que estableció Estados Unidos en la posguerra.

No obstante lo anterior, la posición del JCS fue derrotada por el Departamento de Estado, que, en cambio, impulsaba la noción de que la frontera de la seguridad estratégica de Estados Unidos se había extendido hasta el corazón de Europa. El resultado fue el desplazamiento de América Latina en la escala de prioridades de la política exterior estadounidense. Sin embargo, en momentos de alerta, por ejemplo, durante la guerra de Corea, la seguridad hemisférica recuperaba su importancia; entonces se incrementaba la ayuda militar a América Latina. A finales de 1950 el gobierno de Washington declaró: “La seguridad de Estados Unidos es el objetivo de la política exterior mundial”, y “la seguridad de Estados Unidos es sinónimo de la seguridad hemisférica”.²⁵

La nueva posición de América Latina en las prioridades de Estados Unidos se hizo explícita en la IX Conferencia de la Organización de Estados Americanos, que tuvo lugar en Bogotá en abril de 1948. En esa ocasión los delegados latinoamericanos esperaban una respuesta de Washington favorable a sus expectativas de asistencia económica, un programa de ayuda similar al Plan Marshall, que se había creado para la reconstrucción europea. No obstante, se toparon con la firme negativa del secretario de Estado, George C. Marshall, quien afirmó que Estados Unidos no podía contribuir al desarrollo de América Latina por “las asombrosas e inescapables” responsabilidades humanitarias, políticas, financieras y militares que ya había asumido su país en todo el mundo para defender “el modo de vida libre y preservar las instituciones de autogobierno”.²⁶

En la reunión surgieron las diferencias de interpretación entre Estados Unidos y los países latinoamericanos en cuanto al origen de su vulnerabilidad frente al comunismo, pues mientras estos últimos la atribuían al rezago

²⁴ Citado en Melvyn P. Leffler, “The American Conception of National Security and the Beginnings of the Cold War, 1945-1948”, *The American Historical Review*, vol. 89, núm. 2, abril de 1984, p. 354.

²⁵ Citado en Smith, *op. cit.*, p. 126.

²⁶ Department of State, “Ninth International Conference of American States. Interdependence of the Americas: Address by George C. Marshall”, *The Department of State Bulletin*, vol. 18, núm. 458, 11 de abril de 1948, pp. 469-474, p. 470.

socioeconómico, los estadounidenses apuntaban a la subversión ideológica y política. Por esa razón mientras los latinoamericanos se empeñaban en discutir temas relativos al comercio de materias primas o a la industrialización, el principal objetivo de la delegación que encabezaba Marshall era asegurar el apoyo de la región en el combate contra la ofensiva comunista. Él mismo, hasta cierto punto desconcertado, hizo notar esta diferencia: “Siento que el gran propósito por el que nos hemos reunido y la situación en que nos encontramos se han visto desbordados por los temas económicos, o por lo menos lo hemos perdido de vista parcialmente...”.²⁷

Sin embargo –reconvenía a los delegados–, la ofensiva comunista involucraba también a los latinoamericanos, pues la desaparición de los derechos humanos y de las libertades en Europa era una amenaza para el Nuevo Mundo. Marshall insistía: al asumir la responsabilidad del combate anticomunista, Estados Unidos podrá poner un alto a la subversión de los gobiernos democráticos y llegar a un acuerdo respecto a la paz, la seguridad, la tranquilidad y el futuro del comercio en el hemisferio.²⁸

Las diferencias en el seno de la comunidad interamericana iban más allá de la evaluación de las dimensiones de la amenaza comunista. Por una parte, sólo los sectores más conservadores de la región aceptaban la interpretación de Washington al respecto, tanto así que una queja recurrente de los funcionarios estadounidenses responsables era que los latinoamericanos no tomaban en serio ese problema –incluso a pesar de que en la década de 1950 casi todos habían cedido a las presiones de la superpotencia y sólo tres países mantenían relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, México entre ellos.²⁹ Por otra parte, la mayoría de los latinoamericanos sostenía que el mejor antídoto contra la penetración comunista era el crecimiento económico, y demandaba, por ejemplo, una política comercial que, por lo menos,

²⁷ *Ibid.*, p. 472.

²⁸ “Cuando finalmente la Guerra Fría llegó al hemisferio occidental [a principios de los cincuenta] las relaciones interamericanas se deterioraron todavía más. Los latinoamericanos no aceptaron la evaluación que hacía Estados Unidos de la seriedad de la amenaza del comunismo internacional ni su política para enfrentarlo. Muchos temían la intervención estadounidense antes que el desafío comunista, así como verse involucrados en compromisos extra continentales. Su actitud era cercana al neutralismo...”. Gordon Connell-Smith, *The Inter-American System*, Oxford, Oxford University Press, 1966, p. 148.

²⁹ Por ejemplo, el reporte del 23 de julio de 1953 del *staff* de planeación política del Departamento de Estado afirma: “La acción de (otras) repúblicas americanas contra actividades subversivas internas durante este periodo revela en general, la naturaleza vacilante y superficial de la resistencia latinoamericana a la conspiración comunista”. Foreign Relations of the US, “Memorandum by the Under Secretary of State (Smith) to the Executive Secretary of the National Security Council (Lay)”, Washington, July 23, 1953, *Foreign Relations of the US, 1952-1954*, vol. 4, Washington, Government Printing Office, 1983, p. 14.

mejorara los términos de intercambio. Sin embargo, la negativa a establecer programas de cooperación económica de Estados Unidos fue otra constante que sólo la Revolución cubana modificó, aunque por unos cuantos años, pues la Alianza para el Progreso no fue más que un paréntesis.

EL ORDEN REGIONAL DE LA POSGUERRA

Al acercarse el término de la guerra en 1945, los países del continente americano buscaron participar en el diseño y la construcción del nuevo orden internacional, y aprovechar la coyuntura para sentar las bases de un esquema de relaciones regionales, diferente del “orden subordinado”³⁰ que establecía la Doctrina Monroe. A Estados Unidos le interesaba preservar su exclusividad en el área, así que apoyó esta iniciativa con el propósito de mantener la identidad diferenciada de una región que consideraba vital para el éxito de su política exterior, entre otras razones porque los vecinos representaban por lo menos veinte votos en la Asamblea de Naciones Unidas. El bloque latinoamericano podía ser de extrema utilidad para Estados Unidos.³¹

Sin embargo, esta importancia no se reflejó en una política regional que propiciara el mejoramiento de las relaciones interamericanas que en este periodo provocaron insatisfacción, frustración y amargura en todas las partes. Estados Unidos se topó con los límites de su hegemonía y los latinoamericanos con los de su soberanía.

En la inmediata posguerra se llevaron a cabo tres grandes reuniones con el propósito de crear un sistema interamericano que empatara con el nuevo orden internacional. En febrero de 1945 tuvo lugar la Conferencia para los Problemas de la Paz y de la Guerra, más conocida como Conferencia de Chapultepec; en agosto y septiembre de 1947 en el hotel Quintadonha en Petrópolis, la Conferencia Interamericana sobre Mantenimiento de la Paz y la Seguridad en el Continente, donde se firmó el TIAR; y en abril de 1948 la IX Conferencia Interamericana de Consulta, celebrada en Bogotá.³²

³⁰ Antonio Gómez Robledo, “La crisis actual del sistema interamericano, I”, *Foro Internacional*, vol. 3, núm. 1, julio-septiembre de 1962, pp. 26-61, p. 27.

³¹ “La Guerra Fría [influye de modo cada vez más directo desde que] el sistema interamericano se ve transformado —sobre todo por acción de Estados Unidos— en un instrumento para ser utilizado en ella.” Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza, 1969, p. 359.

³² Entre noviembre de 1947 y marzo de 1948 se celebró la Conferencia de La Habana, cuyo propósito era crear una organización de comercio internacional. En Suiza se firmó el acuerdo General de Comercio y Tarifas, conocido como GATT. La Carta de la Habana trataba de responder a las preocupaciones expresadas por los latinoamericanos en relación con el comercio de materias primas. No obstante, el documento no fue ratificado por Estados Uni-

El objetivo general de estas reuniones era evitar que la región desapareciera en el flamante organismo universal, Naciones Unidas. Los latinoamericanos esperaban de ellas una política regional; no obstante, desde este punto de vista fueron un fracaso porque las tres quedaron sujetas a la agenda mundial de Estados Unidos.

El sistema interamericano que surgió a partir de estos acuerdos quedó fincado en una identidad ideológica que era como una moneda de dos caras: una retrataba los valores de la democracia representativa y la otra, el anticomunismo. De ahí que cada una de las reuniones interamericanas concluyera con una profesión de fe democrática acompañada de una condena abierta o implícita a “los totalitarismos”. Así fue en Chapultepec en febrero de 1945, pues la guerra aún no terminaba, pero en Quintadinha y en Bogotá el sujeto de la condena fue más precisamente el comunismo. Estos pronunciamientos por la democracia, que en boca de las dictaduras centroamericanas y del Caribe eran declaraciones vacías, derivaban de la idea de seguridad de Washington, uno de cuyos pilares era una presunta identidad política regional de índole democrática. Por ejemplo, las conclusiones de la Conferencia de Chapultepec de febrero de 1945 incluyen una *Declaración de México* en la que los firmantes “reiteran su ferviente adhesión a los principios democráticos que consideran esenciales para la paz de América”;³³ el artículo 5º, inciso *d*) de la Carta de la Organización de Estados Americanos, que se firmó en la IX Reunión de la OEA en Bogotá, estipula: “La solidaridad de los Estados Americanos y los altos fines que con ella se persiguen, requieren la organización política de los mismos sobre la base del ejercicio efectivo de la democracia representativa”.

La otra cara de la defensa de la democracia era la condena del comunismo, tal y como quedó estipulada en la resolución xxxviii de la misma reunión, con el título *Preservación y defensa de la democracia*: “Que por su naturaleza antidemocrática y por su tendencia intervencionista, la acción política del comunismo internacional, o de cualquier totalitarismo, es incompatible con la concepción de la libertad americana, la cual descansa en dos postulados incontestables: la dignidad del hombre como persona y la soberanía de la nación como Estado”.

dos y la idea “se desvaneció en la irrelevancia”. Lo único que quedó fue el GATT, que en sus inicios era una alternativa poco interesante. Sólo tres países latinoamericanos firmaron este acuerdo: Brasil, Chile y Cuba. Véase Victor Bulmer-Thomas, *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge Latin American Studies, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, 486 pp., p. 268.

³³ “Conferencia interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz”, en <http://Constituciónweb.blogspot.mx/2009/11/actadechapultepec-firmada-por.html>

Pese a todo, los latinoamericanos también creían conveniente mantenerse como un bloque de países con intereses comunes, al abrigo de conflictos extracontinentales; también veían esta alternativa como una manera de beneficiarse de una supuesta relación especial con Estados Unidos derivada de la geografía y de la historia. En este último respecto se equivocaron, porque esos vínculos antiguos, en lugar de traducirse en ventajas, reproducían la estructura jerarquizada del pasado con tanta firmeza que parecía imposible modificar los patrones establecidos.

Sin embargo, *containment* también significó para los latinoamericanos capacidad de chantaje, dado que en caso de conflicto con Estados Unidos podían amenazar con buscar el apoyo de la Unión Soviética. El recurso era efectivo porque Washington, a su vez, quiso crear una “estructura de defensa política”³⁴ que garantizara la solidaridad del hemisferio con su política exterior, tanto en organismos multilaterales como en el combate que libraba contra el comunismo internacional. Estos objetivos limitaban sus exigencias y lo obligaban a negociar el apoyo que buscaba.

Estados Unidos encontró en los países latinoamericanos las afinidades ideológicas que buscaba y que eran la base del combate anticomunista: primeramente, la defensa de la economía de mercado y del individualismo; pero la coincidencia no resolvió las tensiones históricas que los oponían, sino que en muchos casos las agravó. Así ocurrió, primero, porque la Guerra Fría dio un nuevo ímpetu al intervencionismo; y, en segundo lugar, porque las discrepancias fueron interpretadas por Washington a la luz de su rivalidad con Moscú, es decir, eran entendidas como una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos. El principal problema de esta política fue que impuso el marco de referencia de la Guerra Fría en una región en la que la resistencia al imperialismo era mucho más importante que el combate anticomunista.³⁵

Estados Unidos esperaba que la coincidencia ideológica con los latinoamericanos se tradujera en “apoyo irrestricto” a su política internacional,³⁶

³⁴ Connell-Smith prefiere hablar de *reciprocidad*: “[A raíz de la Revolución cubana] La intrusión de la Guerra Fría en el hemisferio occidental no impulsó la solidaridad hemisférica, sino el concepto de reciprocidad: asistencia económica para América Latina como compensación por el apoyo a las políticas de Estados Unidos destinadas a confrontar la amenaza del comunismo internacional”. Connell-Smith, *op. cit.*, p. 148.

³⁵ Parafraseando a Gaddis en relación con la crisis de Suez de 1956: “...Decidido [John Foster Dulles] a imponer el marco de referencia de la Guerra Fría en una región a la que le preocupaba más resistir el imperialismo que contener el comunismo, Dulles acalló su propia sensibilidad al nacionalismo, de manera que abrió oportunidades a la Unión Soviética para que ampliara significativamente su presencia en Egipto”. Gaddis, *op. cit.*, p. 176.

³⁶ Véase, por ejemplo, Department of State, nsc 144, 13 de marzo de 1948, p. 7, *Foreign Relations of the USA*.

pero nunca logró la tal coincidencia, sino apenas un barniz superficial que era insuficiente para construir un bloque monolítico de apoyo. Estos aliados siempre miraban con suspicacia sus iniciativas y evitaban comprometerse con sus acciones. Por ejemplo, en 1950 sólo Colombia mandó tropas a Corea.

A lo largo de casi todo el periodo, los latinoamericanos formaron una “coalicción desorganizada, desunida, desordenada y débil”³⁷ que Washington no lograba controlar del todo, o bien se unían entre ellos para resistir la presión estadounidense, como ocurrió después de 1970, cuando la Organización de Estados Americanos (OEA) dejó de ser percibida como un instrumento de la potencia hegemónica, y se convirtió en un arma de los latinoamericanos para resistir las presiones de Estados Unidos. Peor aún, estas “alianzas” fueron costosas para Estados Unidos pues en más de un caso tuvo que asociarse con dictadores nada recomendables como François Duvalier, Rafael Trujillo, Anastasio Somoza o Augusto Pinochet, o respaldar situaciones de hecho que no había buscado y enfrentar crisis que le planteaban dilemas de difícil solución.

CEPAL Y LOS LÍMITES DE LA HEGEMONÍA

Washington reconocía los riesgos que acarreaban la pobreza y el atraso económico para el éxito de su objetivo de construir un bloque anticomunista en América Latina; pero hasta 1961 se rehusó una y otra vez a atender las demandas de los latinoamericanos de un programa de asistencia económica. Las razones de esta renuencia son relativamente oscuras, aunque todo sugiere que, a pesar de las repetidas denuncias contra la influencia de los comunistas en la región, no fue sino hasta finales de los cincuenta que la penetración soviética se consideró motivo de alarma. Por ejemplo, el presidente Eisenhower, campeón del libre comercio y de la iniciativa privada,³⁸ no creía que la situación latinoamericana fuera de emergencia. A la pregunta de su hermano Milton³⁹ al respecto respondió que los programas de ayuda económica eran apropiados solamente para áreas que estuvieran

³⁷ Lippmann, *op. cit.*, p. 14.

³⁸ Bevan Sewell, “A Perfect (Free-Market) World? Economics, the Eisenhower Administration and the Soviet Economic Offensive in Latin America”, *Diplomatic History*, vol. 32, núm. 5, noviembre de 2008, pp. 841-868.

³⁹ Milton Eisenhower era un confidente de su hermano mayor, el presidente. Fue asesor de tres secretarios de agricultura, así como presidente de la Universidad Johns Hopkins. Desarrolló considerable *expertise* en asuntos latinoamericanos. Sus opiniones liberales contrarrestaban el conservadurismo político y económico de su hermano. Chester J. Pach Jr., y Elmo Richardson, *The Presidency of Dwight D. Eisenhower*, Lawrence, Kansas University Press, 1991.

bajo ataque directo de los comunistas; las demás podrían obtener capital para el desarrollo con la expansión de su comercio exterior y atrayendo inversión extranjera privada.

El lema de la administración Eisenhower era: “Comercio, no ayuda” (*Trade not aid*).⁴⁰ Hasta principios de los años sesenta los latinoamericanos nunca recibieron más de dos por ciento del total del presupuesto de asistencia económica que Estados Unidos destinaba a Europa y Asia. Por ejemplo, el 18 de marzo de 1953 el Consejo de Seguridad Nacional aprobó el documento NSC144-1 a propósito de sus objetivos y estrategias en América Latina, que privilegiaba la perspectiva estratégica frente a la económica. Enumeraba siete objetivos; sólo uno de ellos se refería en términos muy generales al desarrollo económico. En cambio, los otros seis planteaban asuntos políticos o estratégicos: la solidaridad del hemisferio con la política internacional de Washington, la salvaguarda de la región frente a posibles agresiones externas, la reducción y eliminación de la amenaza comunista y otras dirigidas contra Estados Unidos, la producción “adecuada” de materias primas “esenciales para [su] seguridad”, el apoyo de América Latina a las acciones de seguridad colectiva en otras regiones del mundo, la *estandarización* de las fuerzas armadas latinoamericanas conforme a las líneas de organización, entrenamiento, equipo y doctrina establecidas por Estados Unidos.⁴¹

Ante la persistente negativa a atender la propuesta latinoamericana de una política positiva de cooperación económica o de crear una institución para el financiamiento del desarrollo, en agosto de 1947 y no obstante la oposición de Estados Unidos, los países latinoamericanos impulsaron la creación de una Comisión Económica para América Latina (CEPAL) en el marco de Naciones Unidas, un organismo similar a los que se habían fundado en 1946 para Europa y Asia. Sus objetivos eran: la elevación del nivel de vida de las sociedades latinoamericanas, la industrialización y la diversificación de las economías y la intensificación y mejor distribución de su comercio internacional, entre otros.

La aparición de este organismo fue decisiva para la política de crecimiento de la región, de sustitución de importaciones y de industrialización; en este modelo de desarrollo el Estado era el agente económico central, y los subsidios y las medidas proteccionistas instrumentos fundamentales del intervencionismo estatal.⁴² Lo que se conoce como el *pensamiento cepalino*

⁴⁰ Citado en Rabe, *Eisenhower and Latin America*, p. 65.

⁴¹ Department of State, “Statement of policy by the National Security Council”, Top Secret, NSC144/1, March 18, 1953, *Foreign Relations of United States, 1952-1954*, vol. iv: *The American Republics*, en <http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1952-54v04/d3>

⁴² Rosemary Thorpe, “A Reappraisal of the Origins of Import-Substituting Industrialisation 1930-1950”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, 1992, pp. 181-195.

fue la respuesta a la política liberal y antiestatista que promovía Washington. Los sucesivos gobiernos estadounidenses rechazaron esta estrategia de desarrollo, porque eran muchos los ecos de la economía socialista. Por principio desconfiaban del estatismo, de la planificación y de la centralización; por ejemplo, consideraban que las empresas estatales fácilmente caían presa de burocracias infladas y que estaban a merced del capricho de los gobiernos en turno. No obstante, no hicieron nada para impedir el funcionamiento de la CEPAL.

Esto no significa que las relaciones económicas entre Estados Unidos y los países latinoamericanos hubieran estado libres de conflictos. Al contrario, nunca se resolvió el desacuerdo original entre las propuestas, por ejemplo, de liberalización comercial que reiteradamente impulsaban los estadounidenses y de proteccionismo que defendían los latinoamericanos. Incluso, Washington ejerció reiteradas presiones para que modificaran legislaciones relativas a inversión extranjera directa o expropiaciones. Los países proteccionistas modificaron algunas de esas condiciones, sobre todo para atraer la inversión de empresas multinacionales, pero como respuesta a las exigencias del propio modelo de crecimiento, antes que para atender las demandas del gobierno de Estados Unidos. México, por ejemplo, mantuvo restricciones en sectores que consideraba clave, como eran el petróleo, la banca y los transportes.⁴³

El secretario Marshall, en la reunión de Bogotá de 1948, explicó que dados los compromisos internacionales que había adquirido en la posguerra, su gobierno no tenía la capacidad de financiar el desarrollo de América Latina, y planteó la posición oficial de Washington al respecto: que el crecimiento económico de la región tendría que apoyarse en la inversión privada, nacional y extranjera. Los funcionarios estadounidenses insistían en que el flujo de estos recursos demandaba condiciones propicias. Esto quería decir, por ejemplo, una legislación que garantizara la igualdad de tratamiento de las inversiones extranjeras y nacionales, y la eliminación de medidas proteccionistas. El reporte que en 1953 entregó Milton Eisenhower a su hermano el presidente, luego de una gira de recopilación de información en América Latina, recomendaba que se insistiera en la responsabilidad fiscal, que se desalentaran la industrialización y políticas nacionalistas que inspiraban medidas expropiatorias.

Ahora bien, los países latinoamericanos no atendían a estas recomendaciones, pero se cuidaban bien de subrayar el carácter capitalista de su economía. La tolerancia –por así llamarla– de Washington a esta indisciplina también se explica porque los años cincuenta y sesenta fueron la edad

⁴³ Bulmer-Thomas, *op. cit.*, p. 281.

de oro del Estado de bienestar en el mundo occidental, uno de cuyos pilares era el intervencionismo estatal; en cambio, la simple posibilidad de que un partido socialista llegara al poder era inadmisibile.

INTERVENCIONISMO Y DEMOCRACIA

Históricamente Estados Unidos ha recurrido a diferentes instrumentos para intervenir en la política interna de sus vecinos latinoamericanos: desde la manipulación del reconocimiento diplomático, hasta el envío de tropas o buques de guerra para presionar al país con la amenaza de una invasión, así como al bloqueo comercial, al financiamiento clandestino de la oposición, a la fabricación de revoluciones y dictaduras, y al fomento de golpes militares, que fue la enfermedad crónica de los gobiernos latinoamericanos en el siglo xx. El propósito enunciado era proteger las vidas y las propiedades de los estadounidenses; en todo caso la consecuencia era la modificación de los equilibrios internos de poder, en un sentido favorable a la hegemonía de Estados Unidos. No obstante, también hubo un intervencionismo inspirado en la intención de instalar la democracia como el que indujo al presidente Woodrow Wilson a ordenar la ocupación del puerto de Veracruz en 1914. Su objetivo era impulsar la creación de un sistema basado en la libre empresa y la implantación de un sistema parlamentario, y justificaba la intervención con un argumento *pedagógico*: “Enseñaré a las repúblicas latinoamericanas a elegir a hombres de bien”.⁴⁴

Así que no es de extrañar que desde el siglo xix el punto de arranque y la conclusión de cada reunión interamericana fuera el reconocimiento del principio de no-intervención como piedra angular del sistema interamericano. Después de 1945 el hábito no cambió, aun cuando Estados Unidos incurriera de manera sistemática en la violación del principio, y todavía con más determinación en el contexto de Guerra Fría, que, como se apuntó antes, dio lugar a que el intervencionismo desarrollara un alcance global y abarcara tanto a Europa occidental como a varios países de Asia y África. En América Latina, entre 1954 y 1967, lo sufrieron primero Guatemala, después Panamá, Cuba, Brasil y la República Dominicana.⁴⁵

En cada discusión a propósito del orden regional se enfatizaba el compromiso con el principio de no intervención, pues según los latinoamericanos

⁴⁴ Citado en: Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1981, p. 157.

⁴⁵ El dato que distingue de manera contundente la política del Buen Vecino de Franklin D. Roosevelt es que entre 1932 y 1945 no se registra una sola intervención de tropas estadounidenses en territorio latinoamericano.

la condición “*sine qua non* de este nuevo orden [debía ser] la aceptación irrestricta, por parte de Estados Unidos, del principio de no intervención”.⁴⁶ Sin embargo, la defensa y promoción de la democracia, que eran el *leitmotiv* de la Doctrina Truman, invitaban a violar ese compromiso. De ahí que en cada caso los documentos acotaban que eso no implicaba la derogación “del derecho de la comunidad de Estados a involucrarse en cualquier asunto que esté relacionado con su paz y bienestar”.⁴⁷ De hecho, Estados Unidos evocó este derecho cada vez que intervino en asuntos internos de los países de los que se sospechaba que habían caído bajo la influencia del comunismo.

La adhesión de los latinoamericanos a los principios de la democracia liberal era inevitable, aunque fuera una fórmula hueca. En el mundo bipolar de la posguerra se pensaba que la pertenencia a una de las alianzas rivales determinaba el tipo de gobierno de cada país⁴⁸ y sus posturas en los escenarios internacionales. Algunos comparaban la situación de los países del este de Europa, bajo hegemonía soviética, con la de los países latinoamericanos; pero, a diferencia de lo que ocurrió en el bloque socialista, el sistema democrático no se impuso en América Latina, ni en su modalidad estadounidense, no obstante tímidos esfuerzos en esa dirección, que en los primeros años de la posguerra recibieron el apoyo del Departamento de Estado. Una de las explicaciones de este fracaso es la precedencia del combate al comunismo que en muchos países de la región afianzó el poder de las oligarquías locales.

El compromiso retórico con la democracia no respondía a la pregunta de cómo promover la democracia. En un primer momento, se pensó que bastaba con impedir el avance del comunismo, y aun cuando se reconocía el efecto de condiciones socioeconómicas adversas se pensaba que el cambio sería el resultado espontáneo del crecimiento económico. No fue sino hasta 1961, y como reacción defensiva ante la potencial influencia de la Revolución cubana, que se pusieron en pie reformas para impulsar la democracia.

La instauración de la democracia en la región planteaba al menos dos dilemas para Estados Unidos. El primero de ellos era relativo al cambio social, pues si bien Washington aceptaba que las condiciones de pobreza que sufrían muchos de estos países eran terreno propicio a la penetración

⁴⁶ Gómez Robledo, art. cit., p. 27.

⁴⁷ Department of State, Policy Planning Staff, *PPS/26*, 22 de marzo de 1948, *Foreign Relations of the USA*, 1948, vol. 9, p. 197.

⁴⁸ Los países miembros de las áreas de influencia de las potencias hegemónicas tienden a crear sistemas políticos si no similares, al menos afines al del país dominante. Según Ikenberry después de 1945 el orden internacional que promovió Estados Unidos en su área de influencia no era coercitivo, sino que se fundaba en un consenso que se expresaba también en la organización interna de los países que aceptaban su hegemonía. Ikenberry, *op. cit.*

comunista, titubeaba cuando se trataba de apoyar el cambio. Primero, las élites locales, que eran sus principales interlocutores, se oponían a las reformas; pero, además, los propios funcionarios del Departamento de Estado desconfiaban de cualquier alteración del *statu quo*, porque podía ser aprovechada por los *subversivos*, aunque sabían que mantener el orden establecido era también alimentar los riesgos de una situación explosiva. Ante la disyuntiva de promover el cambio o enfrentar los riesgos de la inmovilidad, en general se inclinaban por la defensa del orden establecido a casi cualquier precio. Por ejemplo, el presidente Kennedy creía en la efectividad de las reformas económicas para impulsar la transformación social, pero no estaba dispuesto a poner en juego la estabilidad. En 1961 afirmó en relación a República Dominicana que Estados Unidos quería un régimen democrático “Si eso no puede ser preferiría una dictadura amigable, lo último que queremos es un régimen castrista”.⁴⁹

El segundo dilema que debía resolver Estados Unidos tenía que ver con el intervencionismo, que en la Guerra Fría estaba vinculado con la presunta identidad democrática de la región. La competencia con la Unión Soviética acentuó la proclividad a intervenir en los asuntos internos de sus vecinos –y del resto del mundo–⁵⁰ porque el combate anticomunista no conocía fronteras nacionales. Además, así lo demandaba la Doctrina Truman de defensa de la democracia, sobre todo cuando, a juicio de Washington, los actores locales no reconocían la magnitud de la amenaza o no tenían ellos mismos recursos para confrontarla. La intervención para defender o para promover la democracia era casi un reflejo; sin embargo, no estaba exento de riesgos.

En 1950 Kennan entregó un *Memorandum* sobre América Latina al entonces secretario de Estado, Dean Acheson, en el que, después de señalar que el mayor peligro que enfrentaba Estados Unidos en la región era la penetración comunista,⁵¹ desaconsejaba enfáticamente la intervención en

⁴⁹ Citado en *ibid.*, pp. 58-59.

⁵⁰ Entre 1946 y 1956 Estados Unidos intervino en Francia, en Italia, en Grecia, en China, en Malasia, en Indonesia, Filipinas, Vietnam, Irán, Guatemala, Suez, en el Congo. “Hacia finales de los cincuenta Estados Unidos había establecido una política intervencionista que tenía un alcance global. Sólo los regímenes que aceptaban su hegemonía en política exterior y en la definición del modelo de desarrollo eran considerados viables, algunos de los ‘no viables’ eran condenados voluntaria o involuntariamente a abrirse al comunismo, con lo cual provocaban la intervención de Estados Unidos [...] Eisenhower sentó un récord de intervenciones encubiertas que puso a Estados Unidos en una senda de enfrentamiento con el sentimiento nacionalista fuera de Europa.” Westad, *op. cit.*, p. 130.

⁵¹ Foreign Relations of the U.S., “Memorandum by the Counselor of the Department (Kennan) to the Secretary of State”, Washington, marzo de 1950. *Foreign Relations of the US*, 1950, vol. 2, pp. 598-624, p. 598.

la política interna de estos países.⁵² Sostenía que intervenir era alimentar la denuncia antiimperialista, y consideraba que, en todo caso, el ejemplo era la mejor prédica democrática. En su opinión, la intervención era indeseable sobre todo porque comprometía a Estados Unidos con la política interna de los países intervenidos. Cuando se involucraba en las disputas internas de otro país pasaba a ser un activo participante de su vida política, que determinaba su estabilidad o la continuidad de un gobierno. Este resultado conducía de manera inevitable a la repetición *ad perpetuam* de la experiencia intervencionista.

En realidad el intervencionismo era motivo de persistentes desacuerdos en el seno del gobierno de Estados Unidos. Mientras la Agencia Central de Inteligencia (CIA), fundada en 1946, defendía la intervención como una necesidad para proteger los intereses nacionales de Estados Unidos,⁵³ el Departamento de Estado la rechazaba porque provocaba violentos sentimientos antiimperialistas, los comprometía con aliados y causas cuestionables, y su efecto sobre el liderazgo regional era contraproducente.⁵⁴ Además, imponer la democracia desde el exterior la hacía odiosa porque era vista como una violación a la soberanía nacional.

No obstante lo anterior, entre 1945 y 1970 Washington intervino de diferentes maneras en la vida interna de los países latinoamericanos, en el afán de detener la supuesta ofensiva soviética: recurrió a instrumentos diplomáticos tradicionales como el reconocimiento de gobiernos hasta el bloqueo económico, pasando por operaciones encubiertas, campañas de propaganda y financiamiento de partidos políticos afines.⁵⁵ No fueron

⁵² En ese recorrido visitó la ciudad de México, Caracas, Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo, Buenos Aires, Lima y Panamá en tres semanas.

⁵³ Sobre todo si se trataba de operaciones encubiertas que “eran vistas como una herramienta esencial para contrarrestar esta influencia [soviética]; además presentaban muchas ventajas. El gasto en operaciones encubiertas era registrado dentro del presupuesto de la CIA... Había también un elemento más sutil. No todos los intentos estadounidenses de influir en los acontecimientos en otros países eran saludados con transportes de entusiasmo. Por eso, las acciones anónimas eran más efectivas. [Además] no requieren coordinación con los aliados. El secreto permite que los intereses de Estados Unidos se expresen al desnudo, de la manera más brutal”: Trevor Barnes, “The Secret Cold War: The C.I.A. and American foreign policy in Europe, 1946-1956. Part I”, *The Historical Journal*, vol. 24, núm. 2, junio de 1981, pp. 399-415.

⁵⁴ Tanto Lippmann como Kennan están convencidos de que la intervención en los asuntos internos de América Latina sólo acarrearía más dificultades para Estados Unidos.

⁵⁵ Por ejemplo, en la campaña presidencial chilena de 1964 compitieron el socialista Salvador Allende y el demócrata cristiano, Eduardo Frei. Estados Unidos quiso evitar a toda costa el triunfo de Allende, la CIA aportó recursos al partido Demócrata Cristiano y orquestó una campaña de miedo en contra del socialista. Véase: Margaret Power, “The Engendering of Anticommunism and Fear in Chile’s Presidential Election”, *Diplomatic History*, vol. 32, núm. 5, noviembre de 2008, pp. 931-953.

pocos los casos en los que, a ojos de los latinoamericanos, la defensa de la democracia era una coartada para intervenir en los asuntos internos de otro país; pero cuando eso ocurría se agitaban sentimientos nacionalistas, que debilitaban la causa democrática porque la asociaban a una imposición extranjera.

Así, *containment* se tradujo en una política de reclutamiento, subsidio y apoyo a “satélites, clientes, dependientes y títeres”.⁵⁶ Por ejemplo, el presidente Eisenhower estaba convencido de que el comunismo ejercía una gran influencia en los países latinoamericanos; en consecuencia, decidió apoyar a dictadores que eran “predecibles y eficientemente anticomunistas”.⁵⁷ De ellos podía esperar la represión de los comunistas, el control del movimiento obrero y la interrupción de relaciones con la Unión Soviética.

El compromiso con los valores de la democracia fue a lo largo del periodo una fuente de conflicto en el hemisferio porque enviaba un mensaje equívoco: primero, los opositores internos a la dictadura podían pensar que tendrían el apoyo de Estados Unidos, mientras las oligarquías locales se escudaban en el principio de la no-intervención para defender su posición de poder y rechazaban lo que podríamos llamar el imposicionismo democrático. En segundo lugar, hacer de la democracia representativa *el régimen de las Américas*, en el corto plazo, legitimaba a regímenes antidemocráticos, pero también era equivalente a colocar una bomba de tiempo a sus pies porque los comprometía con una forma de gobierno que en muchos casos era radicalmente opuesta a la existente.

AMÉRICA LATINA, “EL ÁREA MÁS PELIGROSA DEL MUNDO”

*John F. Kennedy*⁵⁸

Las condiciones sociales de América Latina a finales de los años cincuenta tenían un alto potencial de inestabilidad. Por una parte, la mayoría de los países de la región experimentaba cambios económicos que habían dado lugar a una *revolución de expectativas* cuyos efectos desestabilizadores habían empezado a manifestarse en una ola creciente de protestas antigubernistas y antiimperialistas. Por otra, estas movilizaciones eran consecuencia de una ampliación masiva de la participación que desestabilizaba regímenes elitistas que tenían una base de apoyo social muy estrecha.

⁵⁶ Lippmann, *op. cit.*, p. 14.

⁵⁷ Citado en *Ibid.*

⁵⁸ Rabe, “The Most Dangerous Area”, p. 125.

La situación era inquietante para el presidente Eisenhower. En 1958 Milton Eisenhower realizó una nueva gira por América Latina y elaboró un segundo informe. Según él, la verdadera amenaza eran la pobreza y el subdesarrollo, y la región estaba “al borde de un gran sobresalto” resultado de una demanda creciente de revolución social.⁵⁹ Una de sus causas era la insatisfacción que provocaban las relaciones con Estados Unidos.

El triunfo de la Revolución cubana en enero de 1959 confirmó el análisis de Milton Eisenhower y fue un poderoso reto al orden hemisférico. No obstante, se vio precedida por dos acontecimientos traumáticos; uno, para los latinoamericanos, fue la caída del gobierno del presidente guatemalteco Jacobo Arbenz. La activa participación de la administración Eisenhower⁶⁰ en la conspiración causó indignación en toda América Latina e hirió en forma perdurable las relaciones interamericanas. El segundo acontecimiento conmocionó a Washington y a la opinión pública de Estados Unidos, y fue la violencia que enfrentó el vicepresidente Richard Nixon en mayo de 1958, en una gira que hizo en América Latina.

La relación de Estados Unidos con la región sufrió intensamente los efectos del trabajo conjunto de John Foster Dulles, y de su hermano, Allen Dulles, en las decisiones de política exterior, uno a la cabeza del Departamento de Estado y el otro como director de la CIA, cuya influencia se acrecentó, y con ella se extendió el recurso a las operaciones encubiertas. Por ejemplo, en 1953 concluyeron con éxito una operación de desestabilización del gobierno nacionalista de Mossadeg en Irán; después pusieron la mira en Guatemala, donde el presidente Arbenz había emprendido una reforma agraria, entre otras, que afectaba los intereses de la gran corporación estadounidense, United Fruit. No obstante, el principal argumento en contra de este gobierno era la participación de comunistas como titulares de carteras ministeriales, así como la creencia de que el propio Arbenz y su esposa eran miembros del partido comunista.⁶¹

La importancia de este episodio estriba en que estableció un patrón de acción para la desestabilización de gobiernos que podían transmitir el

⁵⁹ Rabe, *Eisenhower and Latin America*, pp. 110-111.

⁶⁰ En sus *Memorias*, Eisenhower recuerda con orgullo que en 1954 “apoyó en forma indirecta a una facción estrictamente anticomunista” para provocar la caída de Arbenz. Citado en Rabe, *Eisenhower and Latin America*, p. 4.

⁶¹ “El alcance de la influencia comunista sobre Arbenz después de su elección está a discusión. El presidente mismo nunca se afilió a ningún partido, pero en forma creciente recurría a los comunistas. [...] Algunos de ellos entraron a trabajar a la burocracia y eran particularmente visibles en el programa de reforma agraria”. Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Garden City-Nueva York, Anchor Press/Doubleday, 1982, p. 58.

contagio comunista en la región;⁶² al que habrían de recurrir los sucesores de Eisenhower, John Kennedy, Lyndon Johnson, Richard Nixon y Ronald Reagan. Los primeros pasos de la operación contra Arbenz estuvieron a cargo del secretario Dulles, quien en la X Reunión de Consulta de la OEA en Caracas, celebrada el 28 de marzo de 1954, presionó a los miembros de la organización para que emitieran una declaración que condenaba al comunismo como una amenaza al hemisferio.⁶³

Unas semanas después un oficial del ejército guatemalteco, Carlos Castillo Armas, inició desde Honduras la invasión de su país a la cabeza de grupos paramilitares financiados por la CIA. En el contexto de la época este golpe fue una advertencia para todos los países latinoamericanos, así como el origen de la tragedia guatemalteca de la segunda mitad del siglo xx.

En mayo de 1958 el vicepresidente Nixon y su esposa realizaron una gira por varios países de América del Sur, la cual, de manera inesperada, concluyó en lo que la prensa estadounidense calificó como una *debacle*.⁶⁴ Sorpresivamente, en Lima el vicepresidente enfrentó a una multitud rabiosa, formada sobre todo por estudiantes universitarios que lo encararon para reclamarle la explotación de los recursos naturales peruanos; en Caracas una turba embravecida bañó con escupitajos a la pareja Nixon y atacó con furia el coche en el que viajaban, el cual hacían brincar con tal violencia, que el vicepresidente creyó que los iban a matar. A gritos le reprocharon el descuido de Estados Unidos y la complicidad con el dictador Marcos Pérez Jiménez, a quien el presidente Eisenhower acababa de condecorar.⁶⁵

⁶² El 26 de abril de 1954, unas cuantas semanas antes del levantamiento contra Arbenz, el presidente Eisenhower afirmó frente a líderes del congreso de Estados Unidos que desde Guatemala el comunismo extendía sus “tentáculos hacia El Salvador” como el primer paso de un plan de ataque hacia otros países de América del Sur. *Ibid.*, p. 146.

⁶³ A propuesta del secretario Dulles se votó la siguiente declaración: “La Conferencia declara... Que el dominio o control de las instituciones políticas de cualquier Estado americano por parte del Movimiento Internacional Comunista que tenga por resultado la extensión hasta el continente americano del sistema político de una potencia extracontinental, constituirá una amenaza a la soberanía de la independencia política de los Estados americanos que pondría en peligro la paz de América y exigiría la adopción de las medidas procedentes de acuerdo con los tratados existentes”. Citado en: Isidro Fabela, *Intervención*, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1959, p. 269. La declaración fue votada por la mayoría de los Estados miembros, Argentina y México se abstuvieron, Guatemala votó en contra.

⁶⁴ “Nixon: Target on the Home Front”, *Time*, 26 de mayo de 1958, <http://www.time.com/time/subscriber/prinout/08816,936886,00.html> Los países visitados fueron Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela.

⁶⁵ En este caso el presidente Eisenhower puso en alerta a los *marines* para que intervinieran y rescataran a los Nixon. Esta reacción fue duramente criticada incluso por la prensa de Estados Unidos.

La interpretación de la mayoría de los medios de opinión en Estados Unidos fue que estas demostraciones de hostilidad habían estado inspiradas, si no es que organizadas, por los soviéticos; y, de nuevo, afirmaban que formaba parte de un plan que involucraba a otros países en Europa y en Medio Oriente.⁶⁶ Sin embargo, no dejaron de reconocer que la indignación de los latinoamericanos tenía justas razones: desde el deterioro de los términos de intercambio hasta el apoyo a las dictaduras militares. Así, y por miedo a la derrota en América Latina, Washington vio el futuro de la región como una disyuntiva entre reforma o revolución. Sólo entonces la administración Eisenhower aceptó que era urgente una nueva política hacia América Latina y que el principal problema de la región era el bajo nivel de vida de la población.

Una de las primeras expresiones de este cambio fue el anuncio, por parte del secretario del Tesoro, Douglas Dillon, de la creación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que sería un agente de financiamiento del desarrollo y un impulsor reformas institucionales. Sin embargo, tocó al presidente Kennedy poner en marcha la nueva política hacia América Latina. El 13 de marzo de 1961 anunció al Congreso la creación de la Alianza para el Progreso (Alpro), un programa de asistencia económica que prometía a América Latina 20 000 millones de dólares en donativos y préstamos para obras de infraestructura, educación, salud, agricultura y desarrollo industrial. Los gobiernos receptores, por su parte, se comprometían a introducir reformas institucionales que garantizaran que los avances derivados del programa beneficiaran a toda la población. El objetivo prioritario seguía siendo la estabilidad en los países de la región; no obstante, Washington estuvo dispuesto a asumir los riesgos del cambio porque el verdadero propósito era evitar la repetición de la experiencia cubana.

La Alpro fue la fórmula intervencionista más ambiciosa que hasta entonces se había ensayado; para Estados Unidos se trataba, según el presidente Kennedy, de: “Unirse a un amplio esfuerzo de cooperación, sin paralelo en magnitud y nobleza de propósito, para satisfacer las necesidades básicas de los latinoamericanos de vivienda, trabajo y tierra, salud y escuelas —*techo, trabajo y tierra, salud y escuelas*”.⁶⁷ El objetivo no era nada más cambiar un gobierno, sino transformar a la sociedad.

⁶⁶ *Ibid.* “Fue una semana de acontecimientos violentos en Argelia, en París, en Caracas y en Beirut; las noticias tuvieron la calidad de cohetes que estallaban al mismo tiempo, pero en distintas direcciones. Véase también “The Hemisphere: Why It Happened”, *Time*, 26 de mayo de 1958, <http://www.time.com/time/subscriber/prinout/08816,936886,00.html>

⁶⁷ En español en el original. Citado en Rabe, “The Most Dangerous Area in the World”, *op. cit.*, p. 2.

Esta primera experiencia de construcción nacional, *nation-building*, llevó a Washington a intervenir continuamente en la política interna de los países latinoamericanos, porque necesitaba estar seguro de que los programas de reforma agraria, política y fiscal que impulsaba estuvieran en manos de personas que compartieran el fin último de la cooperación –o asistencia– que era combatir el comunismo o la revolución. Los cambios que impulsó la Alpro⁶⁸ sacudieron de tal forma los equilibrios internos de las sociedades latinoamericanas, que en menos de cuatro años Estados Unidos abandonó esta política para apoyar nuevamente a los grupos locales que defendían el *statu quo*, y que para ello recurrían a la represión y a la contrainsurgencia. Por esta misma razón, la administración de Kennedy también modificó sus relaciones con los militares latinoamericanos y apoyó la reorientación de las fuerzas armadas hacia la seguridad interna y el desarrollo nacional.

La Alpro tampoco pudo detener las repercusiones del vendaval cubano que se había declarado el 1 de enero de 1959, cuando Fidel Castro entró triunfante a La Habana. Washington quiso responder con el programa de ayuda, pero también puso en pie una ofensiva diplomática con el doble objetivo de desestabilizar al régimen cubano y de eliminar su posible influencia en la región. Estados Unidos fue derrotado en ambos frentes: Cuba fue expulsada de la OEA en 1962, pero el régimen socialista se mantuvo y se consolidó, y ejerció sobre los latinoamericanos un poder de seducción mucho más difícil de combatir que las armas que sus ejércitos recibían de Estados Unidos. También recurrieron a las operaciones encubiertas. El primer complot estadounidense contra la vida de Fidel Castro data de marzo de 1960; pero siguieron muchas conspiraciones más a lo largo de cuatro décadas, todas fallidas. La más importante de ellas fue la invasión a Bahía de Cochinos, en abril de 1961, que terminó en una catástrofe de opinión pública para la administración Kennedy y para los opositores cubanos al régimen castrista, encendió los sentimientos antiimperialistas en la región y proyectó el liderazgo revolucionario de Fidel Castro con más fuerza de la que hubieran tenido los cubanos con sus propios recursos.

Las consecuencias del efecto combinado de la Alpro y de la Revolución cubana pueden medirse en el número de golpes de Estado que se

⁶⁸ “La trayectoria de la Alianza desmintió [a] los planeadores americanos [que] habían asumido que el desarrollo alimentaría la estabilidad, pero en varios casos fue al contrario. Proyectos cuya intención era fortalecer políticamente a los marginados, rara vez lo lograron, pero siempre alteraron la dinámica interna del poder y provocaron inestabilidad. Las promesas de reforma y de redistribución provocaron la reacción de quienes se oponían y defendían el *statu quo*, conque llevaron a la polarización y a exacerbar la inquietud que estos programas pretendían controlar”. Brands, *op. cit.*, p. 57.

produjo en la década de 1960: entre 1962 y 1963 en Argentina, Perú, Guatemala, Ecuador, República Dominicana y Honduras; en 1964 en Brasil y en 1966 nuevamente en Argentina; a finales de 1968 otra vez en Argentina, Brasil, Perú, Paraguay, Bolivia y Ecuador. No se puede afirmar que Washington haya sido responsable de cada uno de estos acontecimientos; pero si no los provocó, al menos promovió las condiciones generales para que ocurrieran.

De Truman a Johnson, los presidentes estadounidenses creían que el verdadero objetivo de la subversión comunista en América Latina era la destrucción del liderazgo económico, político y moral de Estados Unidos en la región. Por esta razón era muy importante que las relaciones interamericanas fueran buenas y que estos países fueran prósperos y armoniosos. Habrá que imaginar su frustración ante el desarrollo de los acontecimientos en la región, que eran un testimonio del fracaso de sus pretensiones en el hemisferio. Lyndon Johnson lo dijo en 1967: “Este hemisferio es nuestro hogar. Aquí vivimos. Esta gente [los latinoamericanos] son nuestros vecinos. Si no podemos hacer que funcione [el modelo estadounidense] aquí donde vivimos, entonces ¿cómo podemos esperar que funcione en cualquier otra parte?”.⁶⁹

MÉXICO EN LA GUERRA FRÍA

Entre 1945 y 1970 México vivió el antagonismo soviético-americano en forma similar al hemisferio en su conjunto: tuvo que lidiar con las suspicacias de Washington, con las rigideces ideológicas de su política exterior, con la amenaza latente de una intervención y con el impacto de la bipolaridad sobre la dinámica y los actores políticos nacionales. No obstante, también aparecieron los rasgos de la *especificidad mexicana*: la resistencia de la estabilidad frente a los efectos disruptivos del contexto, el discreto acomodo a las expectativas del vecino *cum* aliado, la eficacia defensiva del nacionalismo y la continuidad institucional de un autoritarismo consolidado que mantenía la apariencia de una democracia en construcción. Al igual que en otros países de América Latina, el sello de la Guerra Fría quedó impreso en el régimen político porque dio forma a las oportunidades de acción de los sucesivos gobiernos posrevolucionarios, fijó límites a sus decisiones y orientó sus respuestas a cambios en el contexto.

⁶⁹ Lyndon B. Johnson a Dean Rusk, citado en Stephen G. Rabe, *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1999, p. 181.

La campaña del primer candidato presidencial del flamante PRI, Miguel Alemán, transcurrió en un entorno de creciente deterioro de las relaciones soviético-americanas. Inicialmente, la élite política creyó que para sustraerse a ese conflicto sin renunciar a las oportunidades que ofrecía el exterior para el desarrollo del país, bastaba con defender la vía propia y mantenerse en un punto intermedio entre el comunismo y el capitalismo. Sin embargo, muy pronto se topó con los límites que le imponía la pertenencia a la esfera de influencia de Estados Unidos que demandaba el alineamiento inequívoco, por lo menos en relación al combate anticomunista y al congelamiento de las relaciones con el bloque soviético.

Muchos eran los riesgos del acercamiento a Estados Unidos para la soberanía mexicana, mismos que los sucesivos gobiernos buscaron conjurar acogiéndose a una legislación nacionalista y a una doctrina de defensa de la independencia nacional. En comparación con otros países de América Latina, México tuvo considerable latitud de acción frente a las políticas de Washington, porque en el contexto de emergencia que creaba la Guerra Fría la contigüidad territorial aumentaba para Estados Unidos el valor de la cooperación con México, así como los costos del conflicto.

Adelante se examinan algunos aspectos del régimen político mexicano que se vieron afectados por la cooperación con Estados Unidos. Ésta incidió en la evolución del nacionalismo mexicano, así como en el significado y el peso del *factor americano* en la política interna; asimismo la participación en la cruzada anticomunista modificó los equilibrios del régimen: favoreció a la Iglesia católica y aceleró y profundizó el desmantelamiento de la coalición cardenista.

EL NACIONALISMO DE LA POSREVOLUCIÓN

La Guerra Fría, y el acercamiento a Estados Unidos en particular, fue un acicate para que la élite mexicana en el poder impulsara el nacionalismo como doctrina de gobierno y como disuasivo del recurso a lo que entonces se descalificaba como “ideologías extrañas a los principios emanados de la Revolución”. El contexto externo también orientó la evolución y añadió complejidad al contenido de una tradición que la revolución de 1910 había recuperado y que se renovó a la luz del objetivo general de la modernización. En el mundo bipolar el régimen mexicano pudo presentarse como una tercera vía, una trayectoria original y única que tomaba, si acaso, lo mejor del capitalismo y del socialismo.

Estados Unidos desconfiaba en términos generales de los nacionalismos latinoamericanos, no sólo porque imponían límites a sus intereses y a

su influencia, sino porque creía que podían ser tan destabilizadores como el pensamiento revolucionario, cuando no invitaban a la subversión soviética. Esta hostilidad de principio hubiera podido provocar numerosos y graves conflictos con México, donde el nacionalismo fue la doctrina oficial que inspiró políticas que en más de un caso contrariaban el interés estadounidense, por ejemplo en materia comercial. Sin embargo, el gran éxito de los presidentes mexicanos del periodo 1940-1970 consistió en que aprovecharon la posición geográfica del país y el contexto de emergencia de la Guerra Fría para asegurarse un tratamiento especial por parte de Estados Unidos. Supieron hacer del nacionalismo un escudo de protección frente a los impulsos intervencionistas o a las imposiciones de Washington, sin confrontaciones ni rupturas. Por ejemplo, según los lineamientos de 1951 del Departamento de Estado, para obtener la cooperación del gobierno mexicano en relación con cualquier tema, había antes que convencerlo “de que respetamos totalmente su soberanía y que no tenemos el menor interés de intervenir en sus asuntos internos...”.⁷⁰

A diferencia de la actitud negativa que sostenía frente al resto de los nacionalismos latinoamericanos, Washington reconocía la función estabilizadora del nacionalismo mexicano y su importancia como sostén de los equilibrios del sistema político; lo respetaba porque la estabilidad estaba tanto en su interés como en el de la élite mexicana en el poder. Según el Departamento de Estado: “La importancia especial de nuestras relaciones con México deriva de la consideración de que debemos tener en nuestro vecino inmediato condiciones políticas y económicas estables, así como un sentido de propósito y dirección común”.⁷¹

Entre 1940 y 1970 el nacionalismo mexicano registró una serie de cambios que reflejan la evolución del contexto internacional; por ejemplo, pasó de una relativa confianza al mundo exterior, que correspondía al

⁷⁰ Department of State, “Policy Statement Prepared in the Department of State”, *Foreign Relations of the US*, Washington, Government Printing Office, 1951, vol. 2, p. 1488. La geografía era una carta de negociación que México supo traducir en latitud de acción con respecto a Estados Unidos, la cual supo ejercer, como si –según lo dijo en 1967 un consultor de la Comisión de Relaciones Exteriores del Congreso de Estados Unidos– tuviera una *dispensa especial para disentir*. Citado en: Ojeda, *op. cit.*, p. 93. Según este autor, esta actitud se traducía en tolerancia frente a la disidencia, con base en un entendimiento básico entre los dos países. “Estados Unidos reconoce y acepta la necesidad de México a disentir de la política norteamericana en todo aquello que le resulte fundamental a México, aunque para los Estados Unidos sea importante, mas no fundamental. A cambio de ello México brinda su cooperación en todo aquello que siendo fundamental o aun importante para los Estados Unidos, no lo es para el país.”, *Ibid.*, p. 93.

⁷¹ Department of State, “Policy statement prepared...”, octubre de 1951, doc. cit., p. 1489.

ánimo relativamente optimista de la inmediata posguerra, a una posición crecientemente defensiva en respuesta a la disrupción del orden hemisférico que produjo la Revolución cubana. Durante la campaña presidencial de 1946, el candidato Alemán hablaba de las muchas oportunidades que ofrecía el mundo exterior para la construcción de un México nuevo; en cambio, en 1964 el discurso del candidato Díaz Ordaz evocaba un mundo hostil y amenazante del que era preciso defenderse.

El nacionalismo hacia adentro

Ávila Camacho sentó las bases del nacionalismo posrevolucionario desde 1940, apoyado en los temas de la reconciliación social y de la unidad nacional, con la intención inicial de poner fin a los antagonismos internos que había provocado el radicalismo cardenista. A la unidad revolucionaria que había sido la piedra de toque de un nacionalismo de ruptura que realizaba las diferencias políticas que dividían a la sociedad, y ataba la nación a la Revolución, Ávila Camacho opuso un nacionalismo de unidad, abandonó los temas de conflicto social y apeló a la reconciliación y al alcance incluyente de los valores de la democracia. La relación de cooperación que estableció con Estados Unidos durante la guerra fortaleció esta fórmula, que fue la columna vertebral de la doctrina oficial, y la racionalización del régimen autoritario y de sus políticas.⁷² Esto significa que el desarrollo del nacionalismo posrevolucionario estuvo estrechamente vinculado con la evolución del Estado y de sus funciones como agente central de desarrollo. Su éxito consistió en que contribuyó a formar un consenso de largo plazo que estabilizó sus relaciones con la sociedad, al mismo tiempo que ayudó a la movilización de apoyo a las políticas gubernamentales.⁷³

La razón última de ser de este nacionalismo era la defensa de la soberanía y de la autodeterminación; sin embargo, no denunciaba el imperialismo ni la dominación del exterior, sino que se limitaba a reivindicar su originalidad y una identidad diferenciada. Su punto de partida era la continuidad histórica de la nación, que eslabonaban tres momentos claves: la

⁷² Ernst B. Haas define el nacionalismo como una *racionalización*. “El nacionalismo aunque manufacturado e inventado en forma de doctrinas, ideologías y políticas es una manera racional de organizar sociedades impersonales una vez que la movilización social de masas se inicia.” El nacionalismo es una consecuencia de la “necesidad objetiva” de racionalidad industrial. Ernst B. Haas, “What is Nationalism and Why Should We Study It?”, *International Organization*, vol. 40, núm. 3, verano de 1986, pp. 707-744, p. 725.

⁷³ Hass, *op.cit.*

Independencia, la Reforma y la Revolución. Al igual que otros nacionalismos, el mexicano buscaba crear un referente de homogeneización social, por una parte, mediante la formación de una identidad común cuya clave era el mito del mestizaje, resultado de la feliz combinación de dos razas y de dos culturas –la indígena y la española–; por la otra, exaltaba las libertades individuales que garantizaba la constitución y que –insistían los presidentes– eran las mismas para todos los mexicanos. Esta referencia era también una alusión indirecta a la ausencia de libertades en los regímenes comunistas, y se hizo más frecuente en los discursos presidenciales después de la Revolución cubana. Al cabo de unos años, y a la luz del éxito de la estabilidad política y del crecimiento económico sostenido, el modelo mexicano se convirtió en motivo de orgullo nacionalista.

Los mensajes presidenciales, políticos y funcionarios, y, desde luego, la propaganda oficial y la escuela, difundían el mensaje nacionalista, el cual tenía internamente una función estabilizadora también porque privilegiaba la continuidad como un valor absoluto que alimentaba el respeto al *statu quo* y una visión casi inercial del cambio, que implícitamente planteaba la imposibilidad de modificar el rumbo del país que había sido determinado por los constitucionalistas de 1917. De esta manera, el nacionalismo oficial contribuía a la desmovilización característica del autoritarismo, uno de cuyos pilares es la no participación, y se encontraba con el discurso de Guerra Fría que deslegitimaba a la diferencia política que representaba la oposición con el argumento de que la situación internacional de emergencia, la amenaza de una guerra nuclear o de la subversión comunista urgían a la unión en torno al gobierno. La unidad nacional era uno de los grandes temas de la campaña anticomunista, que así reforzaba el principio autoritario de que las diferencias políticas son fuente de debilidad, entre otras razones porque –recordaban políticos, funcionarios y maestros– en la historia de México las situaciones de conflicto interno invariablemente habían propiciado la intervención extranjera.

En estos años se acentuó el carácter sincrético del nacionalismo que combinaba una visión del futuro con mitos y símbolos del pasado, experiencias, políticas de gobierno e instituciones. El resultado de esta acumulación fue un nacionalismo conservador, orgulloso de su singularidad, defensor de tradiciones verdaderas e inventadas, reivindicador de los intereses locales, poseedor de una densa carga histórica, pero relativamente abierto al exterior, que perseguía un gran objetivo: la modernización del país. Su tema central era la especificidad mexicana, la Revolución como experiencia única en el hemisferio, el mestizaje y la originalidad de la vía mexicana al desarrollo.

El nacionalismo hacia afuera

Desde la perspectiva de la élite en el poder el nacionalismo era la base natural de una relación estable y equilibrada con el mundo exterior, pues ofrecía una tercera vía, una fórmula de equilibrio entre el capitalismo y el comunismo. Prueba de ello era la economía mixta, o la exitosa fórmula constitucional que combinaba las garantías individuales con las reivindicaciones de obreros y campesinos, así como un modelo político en el que las formas de la democracia liberal se reconciliaban con la organización corporativista de la sociedad.⁷⁴ De esta interpretación se derivaba la convicción de que la Revolución y la constitución de 1917 eran una fuente inagotable de soluciones a los problemas nacionales. Según la élite en el poder, México gozaba de una especie de autarquía política que lo ponía al abrigo de influencias del exterior que eran tan peligrosas como innecesarias.

En un acto de campaña celebrado en Querétaro el 30 de diciembre de 1945, el candidato a la presidencia, Miguel Alemán, describió la autosuficiencia política mexicana en los siguientes términos:

la Revolución mexicana tiene su propia filosofía, nacida de la inspiración del pueblo y de las realidades de su existencia histórica. Ninguna ideología exterior, ninguna inquietud ajena ni extraña influencia, la ha contagiado ni debemos permitir que eso suceda. Ni comunismo ni imperialismo. México no es un campo propicio para la discusión de doctrinas extrañas a su Revolución; es una democracia con todas las libertades que consagran sus normas de gobierno y sus actitudes internacionales.⁷⁵

La política de cooperación con Estados Unidos también contribuyó a la cristalización del nacionalismo de la posrevolución, en la medida en que, como sostienen algunos, ese país ha sido un factor determinante en la definición de “[la] identidad colectiva” de los mexicanos,⁷⁶ y porque el acercamiento

⁷⁴ Para una exposición extensa de esta interpretación, véase: Jesús Silva Herzog, *Trayectoria ideológica de la revolución mexicana*, México, Sepsetentas, 1973.

⁷⁵ Miguel Alemán, “Discurso pronunciado en la ciudad de Querétaro, Qro., 30 de diciembre de 1945”, ICAP, *Historia Documental, 1945-1950*, p. 358. El tercerismo ya había sido planteado por Manuel Ávila Camacho, en estos términos: “México tiene su propia historia. México cuenta con su movimiento libertario de mayor antigüedad... y no tiene necesidad de copiar otras doctrinas. Por eso somos eminentemente mexicanistas, tenemos nuestra doctrina propia. En México no tienen ninguna influencia ni el comunismo ni el fascismo. Nos regimos por nuestros propios principios...”. Manuel Ávila Camacho, “Discurso de campaña pronunciado en Nogales, Sonora, 9 de junio de 1940”, en ICAP, *Historia Documental, 1938-1944*, p. 427.

⁷⁶ Véase, por ejemplo, Lorenzo Meyer, “Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano”, *Foro Internacional*, vol. 46, núm. 3, 2006, pp. 421-464, p. 421.

de la posguerra provocaba reacciones de autoafirmación. No eran pocos los que temían que la cercanía con Estados Unidos, y su atractivo como modelo de modernidad, destruyeran la identidad mexicana. Según escribió Daniel Cosío Villegas en 1947, la influencia cultural de ese país era “como el Dios de los cristianos: omnipotente y omnipresente”.⁷⁷

El carácter defensivo del nacionalismo nacía de la experiencia histórica, en particular con el intervencionismo estadounidense. Primero, la guerra de 1847 y la pérdida de la mitad del territorio; luego, la experiencia de desestabilización del gobierno constitucional del presidente Francisco I. Madero en 1913, que encabezó el entonces embajador de Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson;⁷⁸ y en 1914, la ocupación del puerto de Veracruz que ordenó el presidente Woodrow Wilson, quien además, propuso un plan de intermediación internacional para poner fin a la guerra entre los constitucionalistas y el dictador Huerta. Venustiano Carranza lo rechazó, pues consideraba inaceptable la injerencia extranjera en asuntos de la estricta soberanía nacional.⁷⁹

Estos amargos episodios históricos tuvieron un efecto duradero en la memoria de los mexicanos⁸⁰ y contribuyeron a dar forma al nacionalismo del siglo xx porque influyeron en el diseño de instituciones, políticas y estrategias, centrales para el Estado. Es el caso, en primer lugar, de la constitución de 1917, muchas de cuyas disposiciones revelan la convicción de que la ley es de las pocas armas de que dispone el débil frente al poderoso; así fue utilizada en innumerables ocasiones para resistir las presiones del exterior.

En su libro sobre la ideología de la Revolución mexicana, Arnaldo Córdova muestra que la proximidad con Estados Unidos y el temor a una

⁷⁷ Daniel Cosío Villegas, “México y Estados Unidos”, *Ensayos y notas*, México, Buenos Aires, Editorial Hermes, 1947, tomo I, pp. 183-221, pp. 202-203.

⁷⁸ Henry Lane Wilson consideró inaceptables medidas de política interna que tomó el gobierno maderista, que sólo tangencialmente podían afectar intereses norteamericanos; por ejemplo, la legalización de los sindicatos o la libertad de prensa. También promovió una campaña de prensa que denunciaba la incapacidad del gobierno para mantener el orden, con el propósito de generar una atmósfera de histeria que justificara el desembarco de tropas estadounidenses. Katz, *op. cit.*, pp. 92 *et passim*.

⁷⁹ Lorenzo Meyer, *La marca del nacionalismo. México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, 2ª ed., México, Senado de la República, 2000. Véase también: María Emilia Paz Salinas, *Strategy, Security and Spies: Mexico and the U.S. as Allies in World War II*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1997; Blanca Torres Ramírez, *México en la Segunda Guerra Mundial. Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940-1952*, México, El Colegio de México, 1979. Ojeda, *op. cit.*

⁸⁰ Los estadounidenses tampoco olvidan la guerra de 1847, sobre todo porque para muchos fue una *guerra injusta*.

intervención fueron consideraciones centrales en los debates del Constituyente entre 1916 y 1917.⁸¹ Así lo confirman las limitaciones que imponía a la influencia de intereses extranjeros en la administración, en la economía y en la política del país. Por ejemplo, restringía los derechos de propiedad de los extranjeros o su incorporación y hasta la de sus hijos en las actividades económicas, educativas y administrativas del país, por no mencionar su participación en política.⁸² El artículo 33 colocaba a los extranjeros en una situación extrema, porque podían ser expulsados del país por el presidente de la república sin necesidad de juicio previo; “por la vía de su aplicación se suspenden garantías individuales que la Constitución otorga a quienes residen en el territorio nacional”.⁸³ Buena parte de estas restricciones se mantuvieron hasta finales del siglo xx.

El nacionalismo posrevolucionario inspiró políticas concretas de largo plazo, por ejemplo, en educación, en las relaciones con el exterior y en la economía. Todas ellas fueron entendidas como instrumentos de defensa nacional. La primera, porque era tanto el vehículo natural de transmisión de los mitos y símbolos integrantes de la identidad mexicana, como un agente de formación de actitudes de adhesión al régimen. La política exterior se convirtió en la primera trinchera de defensa de la soberanía y de la autodeterminación, luego de un breve intento de construir un liderazgo internacional. Uno de los propósitos principales de la política económica era fortalecer al país frente al exterior.

La importancia de estas tres líneas de gobierno puede medirse en el hecho de que formaban parte integral del consenso nacionalista, además de que se las veía como medios de defensa de la soberanía y la autodeterminación.⁸⁴

⁸¹ Córdova, *op. cit.*, pp. 30-31 y 37.

⁸² Hasta 1991 el artículo 32 constitucional estipulaba: “Los mexicanos serán preferidos a los extranjeros, en igualdad de circunstancias, para toda clase de concesiones y para todos los empleos, cargos o comisiones del Gobierno en que no sea indispensable la calidad de ciudadano...”.

⁸³ Pablo Yankelevich, “Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional”, *Historia Mexicana*, tomo 53, núm. 3, 2004, pp. 693-744, p. 694.

⁸⁴ En 1946 la percepción positiva del mundo exterior como un recurso que podía contribuir al desarrollo nacional no era nueva. El Segundo Plan Sexenal del PRM para el periodo 1941-1946 había retomado las propuestas del plan anterior en lo referente al proteccionismo comercial, que no obedecía a “un nacionalismo meramente sentimental”, sino que era una respuesta a las transformaciones de las relaciones comerciales internacionales, añadía que lo deseable hubiera sido la implantación de un “sistema de economías regionales”, pero que México se veía obligado a “adoptar una política de nacionalismo económico, como un recurso de legítima defensa”. Segundo Plan Sexenal 1941-1946, 21 de septiembre de 1939, ICAP, *Historia documental*, vol. 4, p. 314. Y continuaba: “El planteo de una política económica nacionalista deberá hacerse en forma tal que no dé origen al aislamiento de nuestro país...”.

El nacionalismo económico, por ejemplo, estaba estrechamente identificado –incluso en términos constitucionales– con un modelo de desarrollo basado de manera fundamental en recursos internos, que buscaba independencia de la economía internacional. Este objetivo adquiriría prioridad en el contexto de la política estadounidense que tendía en forma creciente a recurrir a la presión económica para asegurar apoyo político.

Las coincidencias entre el intervencionismo estatal que preveía la constitución y los presupuestos de la CEPAL en materia de política de desarrollo orientaron el nacionalismo económico hacia un modelo en el que la planeación, el proteccionismo y una política de precios y tarifas subsidiados eran la vía para formar un empresariado nacional, impulsar la expansión del mercado interno y atender las demandas sociales. El éxito de la política de crecimiento en el periodo, del que a principios de los sesenta se hablaba como el *milagro mexicano*, nutrió ese nacionalismo económico y lo arraigó como una política de Estado cuya modificación tenía profundas implicaciones políticas en la medida en que ponía en tela de juicio el consenso nacional. Además, la bipolaridad fortalecía la opción del nacionalismo económico, porque el bloqueo económico que Estados Unidos impuso a Cuba a partir de 1960 puso al descubierto la vulnerabilidad que se derivaba de la dependencia de recursos externos. En esas circunstancias el gobierno mexicano se empeñaba en que los recursos nacionales fueran el motor del crecimiento. En su informe al Congreso en septiembre de 1966, el presidente Gustavo Díaz Ordaz apuntó: “La promoción del desarrollo económico es tarea indeclinable de cada país y en ella los afanes de su pueblo han de ser la fuerza predominante”.⁸⁵

En el orden bipolar, la diferenciación nacional era una primera forma, y muy básica, de defensa de la soberanía, de ahí que el contexto internacional reforzara una orientación política que también ofrecía un mínimo de armonía social con base en la aceptación, por parte de la sociedad, de valores y símbolos que implicaban un principio de identidad, del cual derivaba una base mínima de solidaridad que sustentó un cambio social pacífico. La doctrina nacionalista oficial también generó una fuente de legitimidad de largo plazo para el régimen político y para sus élites, y contribuyó a resolver el problema de la sucesión en el poder. En el mundo erizado de la Guerra Fría no era éste un logro menor.

⁸⁵ Gustavo Díaz Ordaz, “El Lic. Gustavo Díaz Ordaz, al abrir el Congreso sus sesiones ordinarias, el 1° de septiembre de 1966”, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, *Los presidentes de México*, p. 928.

*El factor americano*⁸⁶

La vecindad con Estados Unidos ha sido una fuente constante de tensión para México. La asimetría que separa a estos dos países es en sí misma una amenaza para el más débil y una tentación para el más fuerte. La Guerra Fría simplemente acentuó este patrón, el cual obligaba a los actores políticos mexicanos –en el gobierno o en la oposición– a incluir en los cálculos de las consecuencias de decisiones o acontecimientos internos, las reacciones previsibles del gobierno de Estados Unidos o de los intereses estadounidenses.

La transformación de ese país en una superpotencia aumentó el peso de este condicionamiento sobre el proceso político mexicano. No había más que comparar los datos básicos de cada uno de los vecinos; por ejemplo, en 1950 Estados Unidos tenía un poco más de 150 millones de habitantes, México tenía 25 millones; el ejército estadounidense contaba con más de un millón y medio de efectivos, el mexicano tenía menos de 50 000; y el PIB de la superpotencia era cerca de sesenta veces superior al de su vecino del sur. Esta disparidad magnificaba el alcance potencial de las decisiones del más poderoso, aunque no estuvieran dirigidas al más débil. Más todavía, la sostenida ampliación de las relaciones comerciales y financieras entre los dos países que se produjo en la posguerra reforzó la presencia del *factor americano* en el proceso de toma de decisiones del gobierno mexicano.

Para explicar el tipo de condicionamiento que llegó a significar la cercanía con Estados Unidos, aquí se propone la noción de *factor americano*, que es una combinación de datos coyunturales, que se proyectan en una condición estructural que es la dependencia de México en relación con Estados Unidos. Incluye la coyuntura de la política exterior de Washington, los intereses económicos estadounidenses, la información que transmiten los medios, la atmósfera predominante en la opinión pública estadounidense

⁸⁶ A principios de los años ochenta México enfrentó una crisis financiera sin precedentes. Las protestas contra el gobierno no se hicieron esperar; entonces la oposición conservadora fue ganando apoyo. Los medios en Estados Unidos llevaron a cabo una intensa campaña de críticas contra el PRI. “El *factor americano* no es una política bien definida hacia México, sino el efecto combinado de informes apocalípticos de la prensa y de declaraciones de congresistas o de agencias gubernamentales de Washington, todo lo cual tiene automáticamente una traducción en la política interna de México, dada su relación de dependencia con Estados Unidos [...] pese a sus muchas inconsistencias, las críticas han coincidido en un áspero juicio negativo sobre las autoridades y las instituciones mexicanas. [...] El factor americano magnifica estas deficiencias y debilidades ante los mexicanos mismos... Los formadores de opinión en Estados Unidos han creado también un falso sentido de urgencia sobre cambios políticos de fondo, de modo que el ritmo de las reformas tiende a ser medido menos por las demandas internas que por la presión externa.” Soledad Loaeza, “El factor americano”, *Nexos*, 1º de febrero de 1987.

sobre México. Todos estos elementos pesan sobre las consideraciones del país más débil e influyen en los equilibrios internos,⁸⁷ porque los actores políticos, sabedores del peso que tiene el apoyo o el repudio de los estadounidenses, lo utilizan como un arma en sus luchas internas.

En ese respecto México no era muy distinto de otros países latinoamericanos, pero se pensaba que era una excepción singular⁸⁸ porque el factor americano estaba tan integrado al sistema político, que no era visible a simple vista, además de que lo disimulaban los repetidos pronunciamientos nacionalistas; sin embargo, y sobre todo después de 1940, formaba parte del funcionamiento normal del sistema político, y sólo en momentos de crisis destacaba su presencia. De tal suerte que entre los cálculos que los actores políticos internos hacían de las probabilidades de éxito de una decisión o de una determinada acción, siempre tenían que anticipar la reacción del factor americano. Por ejemplo, a pesar de que no hay evidencia documental que explique por qué el presidente Cárdenas apoyó la candidatura de Ávila Camacho a la presidencia de la república, la interpretación generalmente aceptada sostiene que era el sucesor que respondía mejor a las expectativas de estabilidad política que tenía Washington en relación con México, en un contexto internacional en deterioro. Esto implica que el *factor americano* pesó de manera determinante en un asunto crucial para el futuro del país, y para la orientación del sistema político.

El factor americano estaba presente en los equilibrios políticos internos mexicanos desde antes de que estallara la Revolución de 1910, dada la magnitud de las inversiones provenientes de ese país, la cual era ya tan importante que, según Friedrich Katz, el fin del apoyo del gobierno de Estados Unidos fue una de las causas del derrumbe de la dictadura de Porfirio Díaz. El mismo efecto produjo el cambio de actitud del gobierno de Estados Unidos cuando empezó a dudar de la capacidad del dictador Huerta para mantener la estabilidad y el orden en el país.⁸⁹ Los presidentes mexicanos sabían muy bien que una relación amistosa con Estados Unidos era una condición de estabilidad política y para ellos una garantía de permanencia. Entre otras razones, porque el territorio estadounidense podía ser

⁸⁷ A principios de los setenta Ojeda hablaba de *sistemas políticos penetrados* para referirse a aquéllos que aceptaban la soberanía limitada que imponía la hegemonía de Estados Unidos. Esta restricción resultaba en sistemas políticos “en los que elementos extranjeros a la sociedad nacional participan directa y autoritariamente a través de acciones tomadas conjuntamente con los miembros de esa sociedad en la asignación de sus valores y en la movilización de apoyo a favor de sus objetivos”. Sin embargo, para este autor México estaba a salvo de esta penetración. Ojeda, *op. cit.*, p. 42.

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ Véase Katz, *op. cit.*, p. 32.

utilizado –como lo había sido con frecuencia– como santuario por los opositoristas que ahí encontraban refugio y armamento.⁹⁰ Durante la Guerra Fría los riesgos de la vecindad se incrementaron para México, porque el nerviosismo de los estadounidenses era tal que cualquier síntoma de inestabilidad en el vecino país del sur podía provocar entre ellos una reacción desmesurada. La Guerra Fría imponía fragilidad a una alianza ideológica aparentemente firme.

Los gobiernos estadounidenses eran tan conscientes como los mexicanos del peso del factor americano en su política interna; para ellos eran imperativas la estabilidad de su vecino del sur y una relación armoniosa con México, porque la contigüidad territorial lo colocaba dentro de su perímetro de seguridad, de manera que su apoyo era clave en caso de que efectivamente estallara la guerra con la Unión Soviética. En 1951, el primer año de la guerra de Corea, el Departamento de Estado afirmaba que era muy importante mantener una buena relación con México y una actitud “tolerante y comprensiva” para obtener su apoyo contra la “agresión donde quiera que ocurra”, “incluso el recurso a tropas mexicanas, para asegurar el máximo de cooperación, en caso de una guerra total”.⁹¹ En el contexto de una guerra que imponía a Washington consideraciones de orden estratégico, la posición mexicana se fortalecía. Esta ventaja desaparecía una vez superado el contexto de emergencia.

No obstante, en estos años los gobiernos mexicanos lograron contener el intervencionismo estadounidense en su política interna y preservar áreas de decisión independiente. Esta situación particular se explica en parte por la eficacia de la fórmula autoritaria mexicana, que satisfacía las expectativas de Washington respecto a la seguridad y confiabilidad de su frontera sur; y se explican también, en parte, por la importancia estratégica de su territorio, que en el contexto de las tensiones con la Unión Soviética imprimían el sello de la necesidad a una relación libre de conflictos con México.

En la primera década de la Guerra Fría, entre México y Estados Unidos se desarrolló una relación de *interdependencia*: México dependía de buenas relaciones económicas con Estados Unidos, mientras que para éste lo importante era mantener la alianza político-estratégica. A partir de estas premisas se planteaban vinculaciones entre ambos tipos de dependencia entre los dos países y se abría un espacio de negociación: si las autoridades estadounidenses querían que México combatiera a los comunistas, lo haría, pero a cambio de concesiones en sus relaciones económicas; y si México

⁹⁰ Katz, *op. cit.* p. 20.

⁹¹ Department of State, “Policy Statement Prepared in the Department of State”, octubre de 1951, p. 1489.

quería un crédito del Eximbank, tenía que ceder a las necesidades de la seguridad de Estados Unidos. Esta evolución de la relación bilateral condujo a que ambos países ejercieran la autolimitación para asegurar una relación estable de cooperación mutuamente benéfica.⁹²

El anticomunismo mexicano

Desde 1946, si no es que antes, el gobierno mexicano apoyó con toda naturalidad la cruzada anticomunista promovida por Estados Unidos, pues coincidía con los cambios políticos que se habían producido en el país desde finales del sexenio cardenista, cuando la corriente radical de la élite revolucionaria fue relegada a un distante segundo plano. Aún así, cuando el anticomunismo quedó instalado como uno de los pilares de la relación bilateral su alcance dentro del régimen político mexicano se amplió, ahora con el argumento de que así lo dictaba el contexto internacional y el propósito del gobierno de participar activamente en la reconstrucción del nuevo orden mundial. Entre las repercusiones internas más importantes de la alianza anticomunista pueden enumerarse al menos tres: primero, la Iglesia católica recuperó el papel de actor político que la Revolución había querido arrebatarle; luego, concluyó el desmantelamiento de la coalición cardenista que se había iniciado durante el gobierno de Ávila Camacho; y, en tercer lugar, la ofensiva anticomunista orientó la reorganización del movimiento obrero y propició su subordinación a la autoridad presidencial.

El anticomunismo en México apareció desde los años veinte como reacción a las políticas de los gobiernos revolucionarios hacia la Iglesia y hacia la educación. Muchos equiparaban las acciones de Obregón, de Calles y de Cárdenas a políticas soviéticas. Durante el gobierno de Lázaro Cárdenas, entre 1934 y 1940, la reforma agraria y el activismo obrero y campesino atizaron el antagonismo ideológico con empresarios y clases medias, y reprodujeron los enfrentamientos que vivía Europa entre fascismo, democracia y comunismo, los cuales se impusieron como marco de referencia del debate mexicano y contribuyeron a darle forma y hasta contenido. Después de 1934 la disputa entre cardenistas y anticardenistas que nacía de la oposición de los revolucionarios —entre los cuales los comunistas eran una minoría irrelevante— a los conservadores, católicos, fascistas, o simplemente contrarrevolucionarios, se tradujo en el eje izquierda-derecha.

⁹² Soledad Loaeza, "La política de acomodo de México a la superpotencia. Dos episodios de cambio de régimen: 1944-1948 y 1989-1994", *Foro Internacional*, vol. 50, julio-diciembre de 2010, núms. 3-4, pp. 627-660.

La influencia bolchevique en México era una fuente de preocupación para Estados Unidos, aunque el acercamiento entre los gobiernos de los dos países había contribuido a disolver la desconfianza que habían provocado las políticas radicales del pasado. La expropiación petrolera, en particular, había colocado a México, a ojos del exterior, entre los países afines a la revolución soviética. Por esa razón, para poner fin a una de las mayores preocupaciones que se manifestaban en Estados Unidos y en los medios empresariales y católicos mexicanos, Manuel Ávila Camacho, como presidente electo, declaró: “No, los comunistas no colaborarán en mi Gobierno. Los comunistas por sí mismos y por la fuerte corriente nacional contraria a ellos tendrán que irse diluyendo. Las ideas comunistas no han encajado, no pueden encajar en México...”⁹³

Esta declaración fue el preámbulo de la formación de nuevos equilibrios en el interior del régimen político: la coalición cardenista fue desplazada –y gradualmente desmantelada– para ceder el lugar a organizaciones empresariales, a los católicos y, más en general, a las nacientes clases medias que miraban el cardenismo con desconfianza, si no es que con temor. El ingreso de México a la Segunda Guerra Mundial y el acercamiento con Estados Unidos aceleraron este viraje, uno de cuyos puntos culminantes fue la visita del presidente Truman a México en marzo de 1947, un par de días antes de que éste presentara al Congreso de su país la solicitud de apoyo a Grecia y Turquía, y su doctrina de defensa de la democracia donde quiera que estuviera amenazada por los comunistas.

La decisión de los gobiernos mexicanos de sumarse al combate anti-comunista confirmaba su adhesión a la alianza con Estados Unidos, pero también sirvió para afianzar el nacionalismo. El anticomunismo después de 1945 movilizó amplio apoyo en defensa de las *tradiciones nacionales*, el cual integró el discurso oficial y de la tercera vía hacia la modernización, que ofrecía la experiencia mexicana.⁹⁴

A pesar de que la coalición cardenista quedó desmantelada, dejó en el régimen político y en la sociedad una fractura duradera, entre cardenismo-anticardenismo, que reapareció con la Guerra Fría. Las primeras dos décadas del conflicto soviético-americano exacerbaron la división ideológica de la sociedad mexicana y fomentaron la polarización de las fuerzas políticas, no obstante el empeño de la élite en el poder de neutralizar toda forma de

⁹³ José C. Valadés, “Tres horas con Ávila Camacho”, *Revista Hoy*, núm. 187, 21 de septiembre de 1940.

⁹⁴ En la misma entrevista, Valadés escribió: “Y ¿los comunistas? Si existe algún fantasma que azote al país; que produzca en miles y miles de ánimos una repulsión, es el comunismo. Ninguna bandera ha prosperado más en México en los últimos años, que la bandera anticomunista”. *Ibid.*

participación política, a excepción de la electoral. En este caso el origen de este proceso no fue una política gubernamental, sino la propaganda de la Unión Soviética y de Estados Unidos, respectivamente; pero, sobre todo, la acción de la Iglesia católica, para la que el combate anticomunista fue una gran oportunidad para reintegrarse al régimen político y recuperar el liderazgo social que la Reforma de mediados del siglo le había arrebatado, y que no había recuperado ni siquiera durante el Porfiriato. Durante la primera década de la Guerra Fría, en cambio los sucesivos gobiernos apoyaron la restauración de la Iglesia, la cual, a su vez, se sumó al mensaje desmovilizador del nacionalismo oficial.

La participación de la Iglesia en este combate magnificó el componente religioso del anticomunismo mexicano, que muy rápido adquirió el carácter de una cruzada de defensa religiosa, uno de cuyos símbolos más poderosos era la virgen de Guadalupe, que era también protagonista de los orígenes míticos de la nacionalidad. Esta dimensión estaba ausente del anticomunismo estadounidense, que, en cambio, se concentraba en la defensa de las libertades individuales y de la propiedad privada, y sólo en algunos casos enunciaba el comunismo ateo. Estos eran los mismos temas de los presidentes mexicanos de la época que no querían recurrir a la simbología religiosa ni referirse públicamente a la presunta amenaza comunista, probablemente por respeto a la tradición revolucionaria y al ala izquierda de la élite en el poder, pero lo hacían en forma indirecta; por ejemplo, en el discurso de protesta como candidato del PRI en octubre de 1951, Adolfo Ruiz Cortines afirmó:

Debemos siempre insistir en la invariable trayectoria revolucionaria de mantener incólumes las libertades de nuestra Constitución y que nuestras leyes garantizan plenamente: libertad de pensamiento, de prensa, de trabajo, de opinión pública, de creencia, de crítica al gobierno y libertad espiritual y económica. Para nuestra idiosincrasia, para nuestra sensibilidad mexicana, el humano existir no es concebible sin el amplio disfrute de la libertad de la cual jamás prescindiremos.⁹⁵

El anticomunismo fue la piedra de toque de la colaboración entre el Estado y la Iglesia en la preservación del *statu quo*, con base en un cuerpo de valores tradicionales que transmitían la obediencia a la autoridad, el respeto a las jerarquías de una sociedad desigual, machista y paternalista, el conformis-

⁹⁵ ICAP, "Adolfo Ruiz Cortines protesta como candidato del PRI a la presidencia de la República, y pronuncia un discurso. 14 de octubre de 1951", en ICAP, *Historia documental del partido de la revolución*, tomo 6, 1951-1956, p. 105.

mo y la resignación. Según una nota de 1955 del semanario estadounidense *Time*, el presidente Adolfo Ruiz Cortines y el arzobispo Luis María Martínez se reunían por lo menos una vez al mes, en encuentros “accidentales”, que tenían una infalible periodicidad.⁹⁶

A lo largo del periodo el temor al comunismo justificó tanto medidas represivas contra la oposición, como los llamados a la unidad nacional –que equivalían al repudio de la pluralidad política de la sociedad– y la centralización de la autoridad. Las clases medias en ascenso fueron especialmente sensibles a los mensajes anticomunistas que denunciaban la revolución, el ateísmo, la persecución de los católicos. Peor todavía, muchos mexicanos compartían la visión del Departamento de Estado y veían el comunismo como un virus contagioso que se extendía por el mundo y amenazaba a hombres y mujeres de buena fe en los países industriales, y a los países pobres que creían en sus promesas de redención social y de liberación nacional.⁹⁷

La intensa y amplia campaña que emprendió la Iglesia para denunciar el peligro comunista también fue un catalizador de la reconciliación entre el Estado y las clases medias, que el cardenismo había enajenado, y, por ende, puso fin a la vieja hostilidad de los conservadores mexicanos hacia Estados Unidos, el gran vecino protestante. Así, el anticomunismo desplazó una oposición que hubiera podido ser un escollo para la cooperación política bilateral.⁹⁸ Así lo apunta Cosío Villegas cuando observa que en el pasado la Iglesia católica había puesto un dique a la penetración de los modos de vida y de los valores estadounidenses; a los ejemplos de “una vida tan ‘libre’ como la norteamericana: la mujer libertina... el divorcio, universal: el cine, semillero de hábitos licenciosos”.⁹⁹

Después de 1961 esta cruzada recibió el estímulo de exiliados cubanos que en el camino hacia Estados Unidos lanzaron una electrizante campaña de propaganda cuyo objetivo era movilizar a la opinión mexicana para que exigiera la modificación de la política del gobierno de Adolfo López Mateos hacia la revolución.

En México una revolución comunista era impensable dada su posición geográfica. El gobierno de Washington, o su ejército, jamás lo habrían permitido, y, sin embargo, el temor a la expansión del comunismo en amplias

⁹⁶ “Religion: Rebirth in Mexico”, *Time*, 9 de mayo de 1955, <http://www.time.com/subscriber/article/0,33009,861455-2,00.html>

⁹⁷ Robert Dallek, *The Lost Peace: Leadership in a Time of Horror and Hope, 1945-1953*, Nueva York, Harper Collins, 2010, p. 248.

⁹⁸ Véase Soledad Loaeza, *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988.

⁹⁹ Cosío Villegas, *op. cit.*, p. 204.

franjas de la sociedad mexicana era tan real como si las tropas soviéticas estuvieran a punto de desembarcar en Veracruz. La misma experiencia cubana era prueba de que la esfera de influencia no era el terreno vedado al adversario que Estados Unidos había querido construir. De ahí que después de la victoria de los revolucionarios cubanos el gobierno de Washington haya considerado que México, Centroamérica y el Caribe estaban en peligro inminente de caer en manos de los comunistas. Las implicaciones de esta percepción eran muy graves para la soberanía mexicana y ponían al descubierto que Estados Unidos era el principal adversario de México en la Guerra Fría.

CONCLUSIONES

La transformación de Estados Unidos en una superpotencia mundial al término de la Segunda Guerra Mundial trajo consecuencias de largo alcance para los países de América Latina, que quedaron naturalmente inscritos en su esfera de influencia. Por consiguiente, no pudieron escapar al conflicto entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que estaba en el corazón de la Guerra Fría. Se acentuaron algunos patrones de las relaciones interamericanas ya establecidos, por ejemplo, el intervencionismo. La marcada ideologización de la política exterior estadounidense que inspiraba la doctrina de la contención del comunismo fue el vehículo para que la política de Washington se incrustara en los equilibrios internos de estos países.

Contrariamente a lo que se hubiera esperado de esta penetración, la hegemonía de Estados Unidos no se tradujo en la reproducción de su forma de gobierno, o su modelo de crecimiento económico en los países de su esfera de influencia; tampoco obtuvo de los latinoamericanos el apoyo irrestricto que esperaba a su política exterior. No obstante, la Guerra Fría y la doctrina de contención fueron el contexto de los regímenes políticos latinoamericanos de los años 1945-1970, que no pudieron escapar a su influencia. Tanto así que el ritmo de su vida política quedó vinculado a los acontecimientos en el orden hemisférico. Así el régimen autoritario mexicano estuvo condicionado por este contexto, y el efecto de este condicionamiento influyó en el desarrollo del nacionalismo posrevolucionario, en la fortalecida presencia del factor americano en la política interna y en la irrupción del anticomunismo en la vida política nacional. Esos tres aspectos del régimen político le impusieron un carácter distintivo y definieron nuevos equilibrios internos, cuya estabilidad dependía de la continuidad del orden regional.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemán, Miguel, “Discurso pronunciado en la ciudad de Querétaro, Qro., 30 de diciembre de 1945”, en *Historia documental, 1945-1950*, México, ICAP.
- American Relations with the Soviet Union: A Report to the President by the Special Counsel to the President, September 24, 1946*, Conway Files; Truman papers, <http://www.trumanlibrary.org>
- Ávila Camacho, Manuel, “Discurso de campaña pronunciado en Nogales, Sonora, 9 de junio de 1940”, en ICAP, *Historia Documental, 1938-1944*, México, ICAP.
- Barnes, Trevor, “The Secret Cold War: The C.I.A. and American Foreign Policy in Europe, 1946-1956. Part I”, *The Historical Journal*, vol. 24, núm. 2, junio de 1981, pp. 399-415.
- , “The Secret Cold War: The C.I.A. and American Foreign Policy in Europe 1946-1956. Part II”, *The Historical Journal*, vol. 25, núm. 3, septiembre de 1982, pp. 640-670.
- Braden, Spruille, Assistant Secretary of State, *Congratulatory Address*, 15 de marzo de 1946, *Science*, New Series, vol. 103, 2672, pp. 323-325.
- Brands, Hal, *Latin America's Cold War*, Cambridge, Harvard University Press, 2010.
- Bulmer-Thomas, Victor, *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.
- Connell-Smith, Gordon, *The Inter-American System*, Oxford, Oxford University Press, 1966.
- “Conferencia interamericana sobre problemas de la guerra y de la paz”, en <http://Constituciónweb.blogspot.mx/2009/11/actadechapultepec-firmada-por.html>
- Cosío Villegas, Daniel, “México y Estados Unidos”, en *Ensayos y notas*, tomo I, México / Buenos Aires, Editorial Hermes, 1947, pp. 183-221.
- Dallek, Robert, *The Lost Peace: Leadership in a Time of Horror and Hope, 1945-1953*, Nueva York, Harper Collins, 2010.
- Davis, Jack, “The Bogotazo”, *Studies in Intelligence*, vol. 13, otoño de 1969, pp. 75-87.
- Department of State, “The Record of the Week: Recommendations on Greece and Turkey: Message of the President to the Congress”, *The Department of State Bulletin*, vol. 16, núm. 403, 23 de marzo de 1947, pp. 534-537.
- , nsc 144, 13 de marzo de 1948, p. 7, *Foreign Relations of the USA*.
- , Policy Planning Staff, PPS/26, 22 de marzo de 1948, *Foreign Relations of the USA*, 1948, vol. 9.
- , “Ninth International Conference of American States. Interdependence of the Americas: Address by George C. Marshall”, *The Department of State Bulletin*, vol. 18, núm. 458, 11 de abril de 1948, pp. 469-474.
- , “Policy Statement Prepared in the Department of State”, octubre de 1951, p. 1489.
- , “Policy Statement Prepared in the Department of State”, *Foreign Relations of the US*, Washington, Government Printing Office, 1951, vol. 2.
- , “Statement of Policy by the National Security Council”, Top Secret, NSC144/1, 18 de marzo de 1953, *Foreign Relations of United States, 1952-1954*, vol.

- iv: *The American Republics*, en <http://history.state.gov/historicaldocuments/frus1952-54v04/d3>
- Díaz Ordaz, Gustavo, “El Lic. Gustavo Díaz Ordaz, al abrir el Congreso sus sesiones ordinarias, el 1° de septiembre de 1966”, XLVI Legislatura de la Cámara de Diputados, *Los presidentes de México*, p. 928.
- Domínguez, Jorge I., “U.S.-Latin American Relations during the Cold War and its Aftermath”, en Victor Bulmer-Thomas y James Dunkerley (eds.), *The United States and Latin America: The New Agenda*, Cambridge, Harvard University Press, 1999, pp. 33-50.
- Fabela, Isidro, *Intervención*, México, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, 1959.
- “Foreign Policy Statement by President Truman and Mr. Byrnes, April 6, 1946”, *Keesing’s Record of World Events (Formerly Keesing’s Contemporary Archives)*, vol. 6, abril de 1946, United States, p. 7826, 1931-2006.
- Gaddis, John Lewis, *We Now Know: Rethinking Cold War History*, Oxford, Oxford University Press, 1997.
- , *The Cold War: A New History*, Nueva York, The Penguin Press, 2005.
- Gómez Robledo, Antonio, “La crisis actual del sistema interamericano, I”, *Foro Internacional*, vol. 3, núm. 1, julio-septiembre de 1962, pp. 26-61.
- Haas, Ernst B., “What Is Nationalism and Why Should We Study It?”, *International Organization*, vol. 40, núm. 3, verano de 1986, pp. 707-744.
- Halperin Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Buenos Aires, Alianza, 1969.
- ICAP, “Adolfo Ruiz Cortines protesta como candidato del PRI a la presidencia de la República, y pronuncia un discurso. 14 de octubre de 1951”, en ICAP, *Historia documental del partido de la revolución*, tomo 6: 1951-1956, México, ICAP.
- Ikenberry, G. John, *After Victory: Institutions, Strategic Restraint, and the Rebuilding of Order after Major Wars*, Princeton y Oxford, Princeton University Press, 2000.
- Katz, Friedrich, *The Secret War in Mexico: Europe, the United States and the Mexican Revolution*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1981.
- Kempe, Frederick, *Berlin 1961. Kennedy, Khrushchev, and the Most Dangerous Place on Earth*, Nueva York Berkley Books, 2011.
- Kennedy, John F., “Address to the United Nations General Assembly. Delivered 25 September 1961”, *American Rhetoric. Online speech bank*, <http://www.americanrhetoric.com/speeches/jfkunitednations.htm>
- Leffler, Melvyn P., “The American Conception of National Security and the Beginnings of the Cold War, 1945-1948”, *The American Historical Review*, vol. 89, núm. 2, abril de 1984.
- Lippmann, Walter, *The Cold War: A Study in US Foreign Policy*, Nueva York, Harper and Torchbooks, 1972, 81 pp.
- Loeza, Soledad, “El factor americano”, *Nexos*, 1 de febrero de 1987.
- , *Clases medias y política en México. La querrela escolar, 1959-1963*, México, El Colegio de México, 1988.
- , “La política de acomodo de México a la superpotencia. Dos episodios de

- cambio de régimen: 1944-1948 y 1989-1994”, *Foro Internacional*, vol. 50, julio-diciembre de 2010, núms. 3-4, pp. 627-660.
- Logevall, Fredrik, “Bernath Lecture: A Critique of Containment”, *Diplomatic History*, vol. 18, núm. 4, septiembre de 2004, pp. 473-499.
- Mark, Eduard, “The War Scare of 1946 and its Consequences”, *Diplomatic History*, vol. 21, núm. 3, verano de 1997, pp. 383-415.
- “Memorandum by the Counselor of the Department (Kennan) to the Secretary of State”, Washington, marzo de 1950. *Foreign Relations of the US*, 1950, vol. 2, pp. 598-624.
- “Memorandum by the Under Secretary of State (Smith) to the Executive Secretary of the National Security Council (Lay)”, Washington, July 23, 1953, *Foreign Relations of the US, 1952-1954*, vol. 4, Washington, Government Printing Office, 1983.
- Meyer, Lorenzo, *La marca del nacionalismo. México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, 2ª ed., México, Senado de la República, 2000.
- , “Estados Unidos y la evolución del nacionalismo defensivo mexicano”, *Foro Internacional*, vol. 46, núm. 3, 2006, pp. 421-464.
- “Nixon: Target on the Home Front”, *Time*, 26 de mayo de 1958, <http://www.time.com/time/subscriber/prinout/08816,936886,00.html>
- Pach, Jr., Chester J. y Elmo Richardson, *The Presidency of Dwight D. Eisenhower*, Lawrence, Kansas University Press, 1991.
- Paz, Octavio, *Crónica trunca de días excepcionales*, México, UNAM, 2007.
- Paz Salinas, María Emilia, *Strategy, Security and Spies: Mexico and the U.S. as Allies in World War II*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1997.
- Power, Margaret, “The Engendering of Anticommunism and Fear in Chile’s Presidential Election”, *Diplomatic History*, vol. 32, núm. 5, noviembre de 2008, pp. 931-953.
- Rabe, Stephen G., *Eisenhower in Latin America: The Foreign Policy of Anti-Communism*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1988.
- , *The Most Dangerous Area in the World: John F. Kennedy Confronts Communist Revolution in Latin America*, Chapel Hill y Londres, The University of North Carolina Press, 1999.
- “Religion: Rebirth in Mexico”, *Time*, 9 de mayo de 1955, <http://www.time.com/subscriber/article/0.33009,861455-2,00.html>
- Schlesinger, Stephen y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala*, Garden City-Nueva York, Anchor Press/Doubleday, 1982.
- Sewell, Bevan, “A Perfect (Free-Market) World? Economics, the Eisenhower Administration and the Soviet Economic Offensive in Latin America”, *Diplomatic History*, vol. 32, núm. 5, noviembre de 2008, pp. 841-868.
- Silva Herzog, Jesús, *Trajectoria ideológica de la revolución mexicana*, México, Sepsetentas, 1973.
- Smith, Peter H., *Talons of the Eagle: Dynamics of U.S.-Latin American Relations*, Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 2000.

- “The Hemisphere: Why It Happened”, *Time*, 26 de mayo de 1958, <http://www.time.com/time/subscriber/prinout/08816,936886,00.html>
- Thorpe, Rosemary, “A Reappraisal of the Origins of Import-Substituting Industrialisation 1930-1950”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, 1992, pp. 181-195.
- Torres Ramírez, Blanca, *Historia de la Revolución Mexicana. Período 1940-1952: México en la Segunda Guerra Mundial*, México, El Colegio de México, 1979.
- Valadés, José C., “Tres horas con Ávila Camacho”, *Revista Hoy*, núm. 187, 21 de septiembre de 1940.
- Westad, Odd Arne, *The Global Cold War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- Yankelevich, Pablo, “Extranjeros indeseables en México (1911-1940). Una aproximación cuantitativa a la aplicación del artículo 33 constitucional”, *Historia Mexicana*, tomo 53, núm. 3, 2004, pp. 693-744.